Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XVIII | San José, Costa Rica **1929** Sábado 23 de Marzo | Núm. 12

SUMARIO

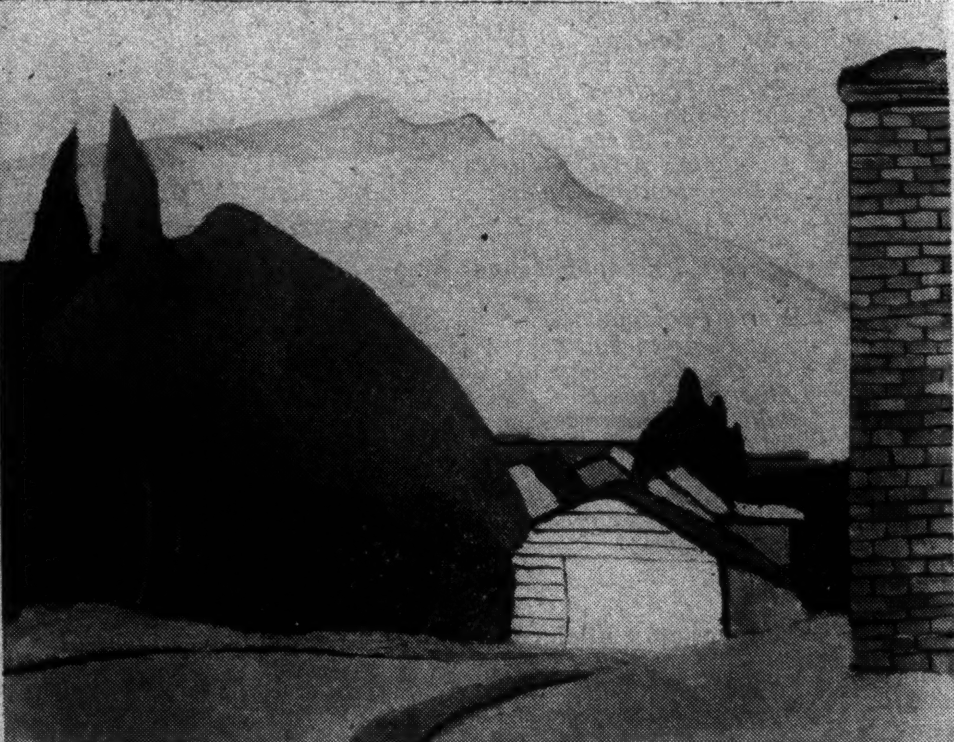
El Mínimum Vital
Su definición y alcances

1.—En la situación exasperante y deshonrosa a que han llegado, y en la cual se han estancado casi todos los pueblos; en esa situación de lucha cruel y acérrima en que los millones acumulados surgen de la opresión y de la ruina de los hambrientos; en que *atesorar* es una palabra sagrada, y en que la *envidia* disfrazada de *reivindicación*, acecha impaciente el momento de trastornar las cosas, de manera que los miserables de hoy sean los opulentos de mañana..., es natural que algunos hombres de sentimientos delicados surjan por todas partes, y busquen ansiosos un camino de reconciliación; una fórmula que renueve la alianza entre hombre y hombre, entre hermano y hermano, y sobre la cual, con sentido nuevo y verdadero, pueda lucir una vez más la palabra Dios.

En busca de esa fórmula los pueblos y sus conductores se han extraviado a veces lamentablemente, y las más dolorosas e irrazonables exageraciones han sido aceptadas como doctrinas salvadoras. ¿A dónde han conducido? Al odio de clases, al rencor de los que padecen, a la organización de los que están abajo preparando el día del desquite. Y cuando llegue,—que será cuando los de arriba hayan agotado los medios de opresión y de represión—, tendremos el mismo desorden, la misma iniquidad con otro nombre; la misma construcción malvada y estúpida, en que sirve de cimiento el *esclavo* y de coronamiento el *señor*.

Esa lucha, ese odio de clases, ese afán de atesorar, y por consiguiente de oprimir en unos, y de vengarse en otros, se ha cristalizado en nuestros días en dos fenómenos: el *bolshevismo*, que tendió, acaso tiende aún, a la destrucción de las clases cultas, al nivelamiento económico, al rebajamiento de un comunismo absoluto, y el *imperialismo*, excrencia de la codicia; insania o demencia de un millar de inmensos codiciosos, para quienes la libertad, la independencia, la sangre misma de las naciones, son materia prima para fabricación de dólares. Ahí ha llegado el mundo, con sus darwinismos comprendidos idiotezcamente, con su doctrina de la lucha, de la supervivencia del más *apto*, que viene a ser, según el criterio del egoísmo, el más ávido y descorazonado.

Y a esta hora, ese bolshevismo y ese imperialismo son dos venenos mortales e insidiosos que se han insertado en el corazón de casi todos los pueblos. Consciente o subconscientemente, la humanidad entera se está afiliando en esas dos legiones irreconciliables de bolsheviques y de imperialistas: la de los que padecen y odian, y aspiran a la venganza, y la de los que atesoran y gozan y por necesidad y ceguera se sostienen y se defienden con la represión.



Por *Doreen Vanston*

En medio de esas hordas de lobos, hay hombres que sienten la vida, no tanto como un dolor, sino como una vergüenza, como una vileza. Y, en verdad, es una vileza tal vida; y conformarse a vivir así, es abdicar el hombre de su condición espiritual, y resignarse a volver a la condición de la fiera.

La que nosotros llamamos *Doctrina del Mínimum Vital*,—cristianismo, en su forma y en sus alcances, reducido al mínimo,—simple y modesto anhelo que habría parecido grosero y antihumano a los cristianos primitivos... viene a ser, así, como un llamamiento al buen sentido de los hombres, a su bondad primaria, a su instinto de conservación, casi a su egoísmo sabio y prudente, para que no se desgarren, para que no se devoren; para mantener en unos la esperanza *fundada* de un mayor bienestar, y en otros, la seguridad tranquila del goce de sus riquezas.

El Mínimum Vital dice al trabajador, al proletario, al asalariado: confórmate con lo imprescindible; conténtate con que se te asegure aquello indispensable, sin lo cual no podrías vivir; esfuérzate para erigir sobre esa base mínima el edificio de tu holgura y de tu riqueza, y así ascenderás o descenderás según tu esfuerzo, según tu disciplina de voluntad. Y al poseedor, al rico, al dueño, le dice: consiente en que haya un límite para tu ambición; conténtate con que se te dé libertad para convertir en oro el árbol y la piedra, cuanto encierra en sus entrañas el planeta, cuanto vive sobre su superficie; pero no la miseria, no el hambre, no la salud, no la sangre de tus hermanos. Traza una línea *máxima* a tus adquisiciones, y no pases de ahí, para que no te desvele el odio de tus víctimas; para que te dejen gozar en paz, riendo y cantando, tú y tus hijos, de lo que atesoraste.

Un *máximum* para el que domina, para el que atesora. ¿Por qué no? Todas las cosas en el Cosmos lo tienen; todas las criaturas vivientes reconocen esa línea limitadora que se llama órbita para el Sol, y playa para el Océano. «De aquí no pasarás», es la ley divina impuesta a cuanto existe, y toda criatura que traspasa esa línea, se hipertrofia, se hincha, se embrutece, degenera y perece.

Y para el que trabaja, para el que carece, un *mínimum*: la vida irreductible, lo elemental, lo que es semilla capaz de germinar: agua, techo, abrigo, pan; y de ahí en adelante, para tus goces, para tus holguras, para tu riqueza, esfuérzate, empéñate, economiza, ahorra, desvélate, y que la esperanza te aliente y la voluntad te dé alas.

Y eso es todo. Pero así tan sencillo como es, tan equitativo y tan fácil, encierra esta doctrina la única posible salvación del hombre en la hora presente. En esta hora en que se ha olvidado toda

religión, y en que nadie quiere diferir su ventura para un más allá, comprándola con su miseria aquí: en esta hora en que ya no hay cristianos, y en que la esperanza de un nuevo Cristo,—de un Cristo personal—, es una quimera: en esta hora de odio y de codicia extremos, de concupicencia enloquecida y de miseria exasperada, el *Minimum Vital* es la tabla de salvación en el naufragio. No es un estado ideal, no es tan alto como otras formas de vida que ya han conocido los hombres. Pero es ***lo posible***, es lo ***factible***, es lo sencillo, es el remedio de urgencia; es el sendero único por el cual se puede transitar, para mientras se encuentra de nuevo el camino real, la vía ancha y clara del amor, adonde algún día los hombres volverán.

2. — Definido concretamente, *Minimum Vital*, significa ***la satisfacción constante y segura de nuestras necesidades primordiales.***

Necesidades primordiales son aquellas que si no se satisfacen, acarrean la degeneración, la ruina, la muerte del individuo. La salud, la alegría, la capacidad de trabajar, la voluntad de hacer lo bueno, el espíritu de abnegación, la fuerza, en fin, en todas sus manifestaciones, están vinculadas a la satisfacción constante, segura, íntegra, de tales necesidades.

Si no se satisfacen, sobreviene la debilidad, la apatía, la enfermedad, el abandono, la tristeza, el pesimismo, la pereza, la propensión a todos los vicios. Hombres que no se alimentan bien, que no se abrigan bien, que no descansan bien, que no se guarecen bien, no sirven ni para trabajadores ni para ciudadanos; ni para defender a su patria, ni para sostener a su familia.

Así, la satisfacción plena de nuestras necesidades primordiales, es la base y la condición perenne de la vida y de la salud. Asegurarla «para todos», no puede ser el interés restringido de una casta, de una clase social, de un grupo de privilegiados, sino el interés supremo de la Nación entera, puesto que ella extrae todas sus eficiencias, de la salud, de la fuerza, del equilibrio, de la alegría y del valor de todos sus hijos.

¿Cuáles son, reducidas al mínimum, esas necesidades primordiales, vitales, supremas, sin cuya satisfacción no hay más que debilidad, degeneración y aniquilamiento?

Tal como las comprendemos nosotros, son éstas:

1.ª—Trabajo higiénico, perenne, honesto, y remunerado en justicia;

2.ª—Alimentación suficiente, variada, nutritiva y saludable;

3.ª—Habitación amplia, seca, soleada y aereada;

4.ª—Agua buena y bastante;

5.ª—Vestido limpio, correcto, y de buen abrigo;

6.ª—Asistencia médica y sanitaria;

7.ª—Justicia pronta, fácil e igualmente accesible a todos;

8.ª—Educación primaria y complementaria eficaz, que forme hombres cordiales, trabajadores expertos, y jefes de familia conscientes;

9.ª—Descanso y recreo suficientes, y adecuados para restaurar las fuerzas del cuerpo y del ánimo.

———

¿Es posible facilitar y aun asegurar a todos los habitantes de la nación este *Minimum de vida*, sin el cual toda existencia es un fracaso, toda criatura humana degenera y se bestializa? Sin duda que lo es, puesto que *se realiza constantemente en la familia*. Toda familia normalmente constituida atiende, en primer término, a obtener y mantener para cada uno de sus miembros el Mínimum Vital; a que todos ellos se alimenten, trabajen, se vistan, habiten en buenas condiciones, adquieran una instrucción elemental y se desarrollen en todo, siguiendo una norma de equidad y de justicia. Y si la familia, que está subordinada enteramente al medio social que la rodea; que lucha contra obstáculos innumerables; que a veces carece de los más necesarios elementos, *realiza* en más o menos, la satisfacción de las necesidades primordiales de todos los suyos, ¿cómo no ha de poder realizarlo la nación, que es libre, que es dueña de todas sus riquezas, árbitra de su legislación e instituciones, que puede regular su trabajo y sus gastos, imprimir nueva dirección a las costumbres y a las ideas, influir sobre los sentimientos, e intentar una y otra vez los ensayos que considere conducentes a una vida más cordial y más justa?

Sin duda, la nación es en esto extraordinariamente poderosa; sus fuerzas sobrepasan a las dificultades de una empresa cuya necesidad y justicia palpita en la conciencia de todos, y para cuyo éxito la Naturaleza ha previsto en ancha esfera, dando a los hombres todos los elementos indispensables al trabajo y a la producción.

Si hasta ahora las naciones no han realizado esta cosa sencilla y justa del Mínimum Vital, es simplemente, *porque no han pensado en ello;* porque en la escala de sus actividades le han señalado el último lugar, en vez de asignarle el primero: porque no han visto con amor esa realización primaria de la justicia, y no se puede alcanzar lo que no se anhela. Pero desde el preciso momento en que la nación ***cambie de conceptos;*** en que piense y sienta que su deber elemental y fundamental, su finalidad primordial y predominante ***es procurar la satisfacción de las necesidades vitales de todos sus hijos,*** desde ese instante comenzará a parecer factible, sencillo, lo que antes parecía utópico y complicado en demasía.

Este ***cambio de conceptos*** es el paso decisivo, ineludible, para la transformación que propagamos: esta ***fé nueva*** de la colectividad, es la semilla de que ha de brotar el árbol de la vida nueva; y si no se verifica la sustitución del antiguo credo social por otro más justo y más sabio, está claro que la nación continuará girando sobre sus goznes oxidados, camino de su ruina como nación y como raza.

———

Por esto, a la cabeza de los ***principios*** que forman la filosofía de la Doctrina Vitalista, figuran estas afirmaciones fundamentales:

1.ª—Que el Estado, la Provincia y la Comuna, tienen como finalidad y obligación *primarios*, trabajar ante todo y sobre todo para que las *Necesidades Vitales* sean procuradas igualmente a todos los habitantes del país.

2.ª—Que cualquiera otra forma de actividad es *secundaria*, y que es *ilícita* si se ejerce con daño o postergación de la primera.

Una casa para la viuda e hijos de Omar Dengo

La Comisión encargada de recoger fondos en Heredia avisa que faltan unos ₡ 3.000-00 para completar la suma con que se ha comprado ya, una casa a la viuda e hijos de Omar Dengo.

Ahora nos toca a los amigos del ilustre finado en San José, y otras ciudades, reunir los ₡ 3.000-00 que faltan. Se abre, pues, la suscrición y el Sr. García Monge queda encargado de recoger los fondos que lleguen.

Rep. Am.	₡ 25
José Guerrero	25
Octavio Jiménez	25
Alejandro Alvarado Quirós	25
Carmen Lyra	5
J. J. Salas Pérez	25
Angela B. de Guerra	25
Tomás Soley Güell	25
Jorge Ortiz E.	25
José A. Prada	10
Víctor Cordero B.	5
José María Zeledón Brenes	25
Carlos M. González	5
Manuel Obando	25
Rogelio Sotela	10
Eduardo Carrillo	10
Ramón Zelaya	25
X X	20
Rafael Eduarte	10
Dr. Herdocia	25
Francisco Montagne	5
Leovigildo Arias	5
Alberto Moreno Cañas	15
Dídima Sánchez	5
A. Boza Cano	25
Escuela Mercantil Manuel Aragón	25
Sr. M. B.	50
Mario Fernández	5
Tomás Arias hijo	10
Oficina de Propaganda Catalana	5
Alberto Cortés S.	2
Julia de Somarribas	5
Rafael Meoño	5
Emilio Artavia	20
Dr. Rubén Umaña	25
Carmen Mla. Luque	25
Julio Acosta	20
	₡ 627

Suscrición hecha en Santiago de Puriscal

Miguel Palomares	₡ 5
Ramón Charpentier	10
Luis Bedoya	10
Jenaro Vargas	5
Ricardo A. Castro	4
R. Gutiérrez Z.	1
Alberto Charpentier	0.50
Carlos Chávez	0.50
Manuel Mora J.	0.50
X. X.	0.50
X. X. X.	0.50
José Vargas M.	1
	₡ 38.50

3.ª—Que el ideal constante y supremo del Estado, de la Provincia y de la Comuna, ha de ser acercarse lo más posible a la gratuidad completa de la alimentación, del vestido, de la habitación y del agua.

4.ª—Que la Asistencia Médica, la Justicia y la Educación, han de ser *siempre* gratuitas y accesibles, puesto que la salud, la justicia y la educación, constituyen los tres mayores intereses de la raza.

5.ª—Que el trabajo es la *condición indispensable* de la salud individual y colectiva, en su triple aspecto de salud corporal, moral y mental, y entendida la salud como llave del bienestar, de la concordia y del progreso; y que, por consiguiente, la aspiración y el deber más altos son para cada uno, vivir de un trabajo honesto, lícito, y benéfico para la comunidad.

6.ª—Que *no es trabajo* ninguna forma de actividad que directa o indirectamente cause daño al individuo, a la familia o a la raza.

3.—Por el simple hecho de ser traído a la existencia, un niño adquiere plenos derechos a la vida íntegra, y todas las fuerzas familiares y sociales deben subordinarse a la necesidad de procurarle esa vida íntegra. Sus padres, la Comuna, la Provincia, el Estado, han de constituir para él una cuádruple paternidad, a fin de que esa vida que se inicia adquiera su máxima potencialidad, y llegue a ser un día la justificación de sus progénitores, del medio social que le formó, y la redencion de aquellos entre quienes va a florecer.

El niño, decimos, es el perdón de hoy y la purificación del mañana; sólo en él cabe el mejoramiento visible y trascendente de la sociedad; sólo en él alcanzan su realización las esperanzas y los anhelos de acrisolamiento. Es el verdadero torbellino que organiza la vida, atrayendo para organizarla, los elementos más puros del ambiente social y cósmico. Es un centro de cristalización al cual afluyen las fuerzas vivas y renovadoras que forman el río perenne de la vida.

Así, pedir para el niño el *Mínimun Vital*, es como implorar una limosna para el dueño del tesoro; como pedir un sorbo de agua para calmar la sed de quien posee el manantial y la nube. Sólo una barbarie insana, un encostramiento de la mente, una bastedad de sentimientos buena para rinocerontes, puede explicar que todavía subsistan la palabra y la condición de *orfandad*, y que nos imaginemos que un hospicio es una institución de suficiente valía para saldar nuestras obligaciones con el niño huérfano.

Tratándose del niño, el asegurarle el Mínimun Vital es apenas devolverle el centésimo de lo que *es suyo*, y toda situación que no le asegure siquiera ese Mínimum, es una afrenta para la familia, para la Comuna y para la Nación.

Pero llega un momento en que el niño se hace hombre, se convierte en ***un trabajador***; es decir, en una fuerza que actúa y da vida. De simple estanque adonde todas las aguas venían a verterse para henchirle y colmarle, se ha convertido en manantial de donde las aguas emanan y parten, a henchir y colmar otros estanques. Ayer recibía únicamente; hoy da, y da con creces: da *mucho más* de lo que recibe, pues de otra manera sería imposible la continuación y subsistencia social. *Trabajador*, significa, pues, *uno que da*, en proporción mayor de lo que se le da; es uno que, además de retribuir, recompensa.

Ahora bien ¿qué es lo que yo doy cuando trabajo? ***Doy mi vida.*** Literal y esencialmente, el que da su trabajo da su vida. *Trabajo* no es sino una palabra que expresa brevemente este hecho complicado, trascendente e inconmensurable; *dar uno, la vida acumulada en sí.* Es el mismo fenómeno de la tierra, que se da en forma de árbol, y del árbol que se da en forma de fruto; del mar, que se da en forma de nube, de la nube que se da en forma de lluvia, de la lluvia que se da en forma de manantial.

Cuando yo trabajo *una hora*, doy un valor que no puede ser ni sustituido ni atenuado: porque esa hora de trabajo, es una hora de *mi vida*; no de una vida sin término o de inmensurable duración, sino de una vida de cincuenta, sesenta, setenta años: es decir, una fracción grande sustraída a una suma pequeña, en el mejor de los casos,—pues si no vivo más allá de treinta años, resultaría una fracción enorme sustraída a una cantidad mínima. Una hora de mi trabajo, de mi tiempo, *es un valor absoluto*, arrojado por siempre al abismo de la eternidad: con nada lo puedo sustituir, con nada lo puedo compensar.

Así, pues, el trabajador *es el hombre que da su vida*: la da como tiempo, en cuanto no hay faena que se pueda cumplir sino en un tiempo determinado; la da como pensamiento, en cuanto ningún trabajo se puede efectuar sin *atención*, que es pensamiento concentrado, enfocado sobre la obra que se realiza; y finalmente, la da como voluntad, como corazón, si al trabajar infunde en la obra el anhelo de que salga perfecta. Tiempo, corazón, pensamiento, músculos y nervios, huesos y tendones, sangre y sudor, todo se quema en el trabajo; el ser entero se trasfunde en la obra realizada, que no es ni más ni menos que *un trozo de la vida individual, trasmutado a la vida total.*

Nótese bien este carácter del trabajo: el hombre que abre un surco, o siembra el grano, o alza las paredes de una casa, o teje la tela para el vestido, o enseña a los niños, o cura a los enfermos, o cualquiera otra forma de actividad normal y benéfica, trasmuta su vida individual en vida colectiva, total: porque la cadena de influencias, de fuerzas creadoras que inicia con su trabajo, ya no termina; se desenvuelve en una serie inconmensurable que abarca y enlaza todas las actividades sociales. Digamos, por ejemplo, la tortillera que preparó las tortillas con que me he alimentado esta mañana, o la cocinera que preparó mi desayuno. ¿Qué fué lo que me dieron? Una fracción, una modalidad *de su vida individual.* Pero desde el momento en que yo ingerí esas tortillas, ese desayuno, aquella fracción de sus vidas limitadas, concretas hasta ahí, asumieron posibilidades de transformación y de influencia ilimitadas, inconmensurables, trascendentales como el viento y la luz. Esas tortillas humildes, en las cuales viene ya implícita la vida de quien sembró el maíz, de quien lo segó, de quien aró el suelo para la siembra, de quien hizo el arado, de quien forjó el hierro para el arado,—esas humildes tortillas se transforman, al ingerirlas yo, en fuerza nerviosa y pensante, en pensamiento, en voluntad de expresar ese pensamiento, en capacidad artística para darle forma; en vehículo de esta doctrina que estoy desarrollando, la cual, en un solo corazón que llegue a prender flamígeramente, puede traducirse en consecuencias infinitas. De aquí saldrá labor para el tipógrafo, para el niño que vende el periódico, para cuantos intervienen en el trabajo periodístico; y si, además, la doctrina convence y mueve, y llega a culminar en nuevas y generosas costumbres, en leyes benéficas y humanas, tendremos que aquellas tortillas, al parecer insignificantes, devinieron el eslabón de una cadena sin término; fueron como una piedra gigantesca lanzada en medio del océano, de cuyo seno suscitó inmensas olas, montañas de agua que fueron, hechas encaje rumoroso, a besar y purificar las playas más remotas...

O sea, que «toda obra es colectiva; que todo lo hacemos entre todos, y que, puesto que todos vertemos nuestras vidas en la obra común, todos tenemos derecho a que se nos devuelva, siquiera en porción mínima, en la del *Mínimun Vital*, aquello que hemos dado: nuestro trabajo, nuestro YO.»

4.—Que toda obra es *obra colectiva*, es muy sencillo de comprenderse, y yo no haré aquí para evidenciarlo, sino repetir con nueva forma la prueba que se adujo ya tantas veces y que cualquiera puede comprobar.

Imaginemos que soy un poeta y que escribo un poema. Me aíslo para ello, pues no sólo no me hace falta compañía, sino que me sería estorbosa. De instrumentos

materiales, no necesito sino mi lápiz y algunas cuartillas de papel. En el canto de una rústica mesa, y aún en mis rodillas, sobre un cartapacio improvisado escribo mi pensamiento, que parece venir todo él de las profundidades de mi ser, y lo voy revistiendo con lo que al andar de los años mi corazón ha entretejido con los invisibles hilos del vivir. No hay obra más personal, más individual que ésa: se diría que toda ella sale exclusivamente de mí mismo; que nadie más que yo pone en ella su contingente, y si alguna vez el hombre tuvo derecho para decir *mi obra*, es sin duda al referirse a ésta en que, fuera del papel y el lápiz, todo es mío: las impresiones que recibí; el dolor o la sonrisa en que me dejaron impregnado; los arabescos que mi fantasía bordó sobre su tela; las ideas en que se transformaron; la musicalidad y el ritmo que mi oído les imprime.

He aquí, pues, ***una obra mía***, nada más que *mía*; y si por ventura resulta una verdadera obra de arte, al darla a luz podré gloriarme de que hago a los hombres una merced, de que les agracio con un don, y no sin razón me imaginaré que me deben agradecimiento y honores por ese diamante que les dejó caer para que ilumine y embellezca sus horas.

¿Quién no ha sido fascinado alguna vez por esa sirena de la gloria? ¿A quién, hombre de ciencia, poeta, músico, filósofo, no le sedujo la ilusión de que ***estaba dando***, sin que nadie más que él fuera el forjador de aquella dádiva? ¿Quién, al dar a los demás una obra que le salió de las propias entrañas, no se sintió impulsado a decir: tomad, este es mi cuerpo, esta es mi sangre?

Y sin embargo, esa individualidad exclusiva de su obra era simplemente una apariencia: ni esa, ni otra alguna realizada en la vida fué la obra de uno solo, sino *la obra de muchos*, de todos, hasta de los ausentes y de los muertos. Y ved aquí la comprobación indubitable: mientras yo escribo ahora; mientras ayer leía o paseaba, acumulando elementos para mi poema; mientras hace años vagaba por la orilla del mar o contemplaba el horizonte desde la cima de una montaña, alguien ***trabajaba*** para que yo ***pudiera*** entregarme libremente a mis observaciones, a transformar las impresiones que recogía del ambiente, a meditar sobre ellas; a guardarlas en el arca de la subconciencia, para extraerlas un día, ya organizadas y vivientes. Alguien ***trabajaba para dejarme libre en mi trabajo***, cociendo el pan de que me alimentaba; lavando y aplanchando la ropa con que me vestía; limpiando y arreglando mi casa; confeccionando mi traje; cortando en el bosque la leña para cocer mis alimentos; fabricando el jabón para lavar mis vestidos; haciendo mi calzado; preparando el cuero y la suela con que el zapatero habría de coserlos. Tal como en este momento, centenares, millares de personas *trabajan* para que yo pueda escribir estos artículos; es decir, trabajan conmigo ***en mi obra***. Mi cocinera, mi lavandera, mi camarera, la mujer que lleva las legumbres al mercado, la campesina que siembra y que recoge, el sastre que me viste, el zapatero que me calza, el comerciante que importa el papel y el lápiz, el industrial que fabrica el papel y el lápiz, los marinos que tripulan el barco que los trae, todos los millares y millares de obreros, ingenieros, fabricantes comerciantes, peones y sirvientes que intervienen en la confección y acarreo de esos útiles, y todos los que me apronten y facilitan las cosas que necesito para mi vida diaria, colaboran conmigo en esta doctrina, trabajan para que yo pueda trabajar en ella. Hacen, pues, ***su parte***, y sólo mediante esa multiforme e infinita colaboración, puede salir la obra que un instante cegado por el orgullo, quise llamar *mi obra*; cuando, con mayor humildad y más clara visión de las cosas, la hubiera llamado ***nuestra obra***.

Lo hacemos todo entre todos: esta es la única; la honrada y sencilla verdad, y sólo cuando la conozcamos y la sintamos en toda su evidencia, en toda su fuerza, en toda su santidad, hallaremos para construir el orden social una forma cristiana, humana, digna de hombres, de seres que ya no quieren vivir como las fieras. Lo hacemos todo entre todos: cada uno en forma diversa pero necesaria, inseparable del conjunto, pone en la obra común su *trabajo*, es decir, *su vida*. Y puesto que deja ahí *su vida* en forma de trabajo, justo y natural es que reporte del provecho común, aquella parte *mínima* que necesita para continuar trabajando: aquel *Mínimun Vital* que le es indispensable para que su capacidad de trabajar no degenere; para que su fuerza, su salud, su alegría, manantiales de la capacidad y de la eficiencia, continúen vertiendo en el YO, sus aguas renovadoras.

Sin duda que en el poema que yo escribiera, en el descubrimiento del geógrafo, en la invención del mecánico, en el cálculo del astrónomo, hay algo «suyo», algo personal, cierto sello que caracteriza la obra, una porción y forma de trabajo mayor y mejor que cualquiera otra de los inmunerables que aportan los demás colaboradores. Sin esa porción característica del «Autor», sin esa aportación siempre individual y personalísima, la obra no hubiera nacido. Mas tampoco habría nacido sin la coparticipación anónima de los otros. Sin Miguel Angel, no habría cúpula de San Pedro; mas sin canteros que labraran las piedras, no la habría tampoco.

Más, a quien más dió; mejor a quien mejor contribuyó, es la ley sencilla y natural. Más, pero *no todo*. Más, pero sólo cuando ya se tenga apartada la *porción mínima* de los compañeros del trabajo. Más, para lo superfluo del que le dió a la obra su forma definitiva; pero *no antes de asegurar la vida*, el Mínimun Vital de aquellos sin cuya colaboración la obra no podía nacer ni vivir.

El ***Pan Nuestro***, dijo Jesús, pensando, sin duda en la consecuencia de la ***Obra Nuestra***. Por desgracia, ahí estamos aún en la edad de la fiera, imaginando que es justicia y religión y ciencia, la forma asesina y mezquina de «el pan *mío*, amasado con el trabajo de ellos».

5.—Esencialmente, el Mínimum Vital es ***una fe;*** una manera nueva y sencilla y justa de comprender y de sentir las relaciones humanas. Es un ***concepto nuevo*** de la vida: una manera nueva de hablar la conciencia, y de traducir a hechos e instituciones las sílabas de esa nueva palabra:

Lo que se profesaba y veneraba como beneficencia, se transporta al plano de la justicia; lo que el pueblo recibe como favor, lo recibirá como derecho, como restitución; lo que se tomaba como secundario, y se colocaba en los presupuestos, en las leyes y en la moral, despues de la soberanía, del progreso, de la instrucción, de la cortesía internacional, de las diversiones públicas, pasará a ser *primario*, y se colocará antes y por encima de todo.

Nosotros hacemos del derecho de todo hombre a un mínimum de vida íntegra, *un derecho absoluto*; y del deber de la colectividad a proporcionarle a todo hombre un mínimum de vida íntegra, *un deber absoluto*.

Si estos conceptos prenden, si llegan a conmover y a remover la conciencia de los hombres: de los que oprimen y de los oprimidos, de los que explotan y de los explotados, el Mínimum Vital florecerá en instituciones, leyes y costumbres; será como levadura infundida en todas las modalidades del vivir, y la nación y la sociedad se constituirán y se transformarán lenta y seguramente, al influjo de esa levadura espiritual.

Entonces las formas económicas, los procedimientos, los arbitrios, vendrán por sí solos, y vendrán *de acuerdo con el lugar y el momento*, y no como sistema artificioso o maquinaria complicada, que falla toda ella apenas se le cae un tornillo.

Una fe, un concepto nuevo de la vida, si es amplio, tiene virtud generadora, que va creando ella misma, a través de los obstáculos y de las viejas formas, su propia contextura y la variada y eficaz corporalidad de su espíritu. Y eso no se hace nunca en un día ni sin repetidos ensayos y errores, sino en mucho tiempo y con esfuerzos dolorosos. Así es como se manifestó el Cristianismo, que, todavía, después de dos mil años, está revistiéndose de formas nuevas; así se manifestó la Revolución francesa, que todavía está forcejando para cristalizar neta y eficazmente

sus ideales de libertad. Y así fueron y serán siempre las grandes revoluciones; la cuales, al comienzo, no pueden ofrecer sino ***principios, bases,*** conceptos que tienen que ir adaptándose al lugar y a la hora, en las formas en que van encarnándose, mientras luchan contra las viejas formas que estorban su advenimiento y su triunfo.

Así será el Mínimum Vital, que no es artificio legislativo, sino religión, filosofía y derecho, y que busca y encontrará para realizarse, leyes, costumbres, artes, formas de educación y de trabajo y organismos económicos.

Hoy más que nunca, sería inepto vincular lo que es una manera nueva y amplísima de comprender y de sentir la vida, a un artificio económico, a una reglamentación escueta y estricta. Hoy más que nunca debemos recordar que las sociedades se transforman rápidamente, que las ideas y las cosas ***ya no están, sino que van.*** El concepto *estático* de nación y de sociedad, tiene que ser restituido por el concepto *dinámico*. La relatividad y la movilidad, son ahora reconocidas como los caracteres inherentes a todas las cosas. ***Nada está, todo va:*** esa es la ley a que deben ajustarse todas las formas que se creen para regir a los hombres, y sería una torpeza olvidarlo cuando se trata de una reforma tan honda y tan amplia como es el Mínimum Vital.

¿Por qué camino andaremos para que el Mínimnm Vital comience a ser una realidad?

Por todos los caminos: por los abiertos ya y los que abriremos luego. ¿Por qué caminos se encuentra siempre dinero para la guerra, para las carreteras, para enviar legaciones, para costear una infinidad de establecimientos e instituciones no siempre útiles, a veces dañinos? Por el camino de la fe: si se halla siempre dinero y se discurren siempre leyes y reglamentos y arbitrios para construir teatros, cuarteles, hospitales, escuelas, y para procurarse cañones, aeroplanos y mil cosas más, es *porque se cree en esas cosas*. Se imaginan los hombres que es bueno y necesario enviar legaciones, asfaltar calles, abrir conservatorios, organizar exposiciones, armar flotillas aéreas, instalar estaciones inalámbricas, y ***creen*** que si no atienden a todo eso, faltan a su concepto de la vida, a su deber, a lo que les exige su fe en el progreso y en la civilización.

Pues asimismo encontrarán leyes y arbitrios y reglamentos y dinero para realizar el Mínimam Vital, cuando crean en que es bueno y justo y necesario procurarle a cada hombre, a todos los hombres, un mínimum de vida íntegra, o mejor dicho, *organizar la propiedad, el trabajo, la producción y el consumo*, en el sentido de que todo hombre de *buena voluntad* pueda, mediante su trabajo, alcanzar ese mínimum de vida íntegra. Entonces irán al Mínimum Vital *por todos los caminos*, así como van ahora *al Progreso* por todos los caminos.

6.—La Doctrina del Mínimum Vital radica, sobre todo, en una transformación de la conciencia individual y colectiva. A su tiempo, ha de encarnarse en leyes e instituciones, gracias al esfuerzo de sus propagadores y cuando ya una minoría grande y consciente se haya convencido de su justicia y necesidad; pero esa cristalización legislativa ***no alcanzará a ser una realidad,*** si los individuos no llegan a sentirla en toda su verdad intensa y viviente.

No queremos absolutamente que esta doctrina acabe en unas cuantas leyes artificiosas, muertas desde su nacimiento, como tantas otras que tenemos y de cuya mentira nos alimentamos juzgándolas verdaderas y eficientes sólo porque duermen en los códigos. No queremos un simulacro más, bajo cuya falsía viva su vida pestilente la antigua injusticia, más corruptora cuanto más revestída se ostente con las formas de la legalidad. No, lo que anhelamos es una superación de nuestra conciencia colectiva, cimentada sobre una superación de la conciencia individual.

Como toda doctrina viva y fecunda, esta del Mínimum Vital tiene su origen en una concepción del mundo, en una filosofía; de concepción filosófica, podrá extenderse al plano espiritual y revestirse con formas religiosas; del campo de la religión trascenderá a la esfera del arte, para manifestarse como poesía, pintura, estatuaria y música. Por medio de la forma artística que es un vínculo emocional poderoso y sencillo, prenderá en los corazones que han sentido hambre y sed de justicia, externándose en hechos y costumbres; y luego, con toda la fuerza acumulada a través de esas cristalizaciones, se hará legislación, derecho escrito. Mas, sea cual fuere la marcha que siga y el tiempo y el esfuerzo que requiera su realización, no hemos de consentir en que disipe su fuerza en los escarceos de una literatura vacía, ni en los perifollos de una legislación que nadie sostiene porque nadie la siente ni la vive.

El Mínimum Vital, a pesar de su voluntaria restricción que se contenta con satisfacer las necesidades primordiales, es todo ello *cosa viva*, cuya finalidad es *la vida*, cuyo manantial y camino tienen que ser, literal y espiritualmente, *vida*. Y no puede hacer ni desenvolverse, ni culminar sino, MEDIANTE LA ACCIÓN CONTÍNUA, DISCIPLINADA Y FERVOROSA DE HOMBRES QUE LA SIENTAN, LA PIENSEN Y LA QUIERAN.

Estos son los sembradores que hacen falta para esta siembra: hombres que asienten la mano decidida sobre la mansera del arado, y hagan penetrar hasta el fondo su reja anhelosa de llegar hasta las raíces de la justicia y de la verdad.

Tales adeptos fervorosos, han de proclamar y extender la Doctrina Vitalista con hechos, con normas de conducta, con la sujeción a una manera de vivir que esté propagando por sí misma y en todo momento, la eficacia de la Nueva Fe, del Nuevo Orden social que se trata de establecer.

Y para ello, deben asumir como DEBERES IMPRESCRIPTIBLES, éstos que señalamos a continnación, a manera de Mandamientos Individuales:

1.º—Considerar la condición de trabajador honrado y experto, como el ideal más alto a que puede aspirar un miembro de la comunidad;

2.º—Honrar el ***Trabajo Vital,*** como el fundamento, y la condición indispensable del bienestar común y de la justicia social;

3.º—Ser trabajadores asiduos, esforzados, atentos y leales con su obra,—cuya perfección han de considerar ligada a su honor y a su probidad;

4.º—Ayudar a todos sus hijos, a las madres de sus hijos, y a sus padres ancianos y necesitados;

5.º—Contribuir lo mejor que puedan, al sostenimiento de los orfanatorios, hospitales y asilos de indigentes de su comuna o de su provincia;

6.º—Proteger a los animales no dañinos, y especialmente a los pájaros, como eficaces auxiliares de nuestra vida;

7.º—Respetar y proteger al árbol, como acumulador y distribuidor de la vida en el Planeta;

8.º—Ser limpios y bien hablados;

9.º No embriagarse ni narcotizarse; no aventurar al juego el producto de su trabajo; no disiparse ni prostituirse, a fin de que todas sus fuerzas converjan a la eficacia máxima de su labor;

10.º—No explotar ningún vicio; no vivir de la usura; no usurpar en ninguna forma el trabajo ajeno; no acaparar la tierra, ni las casas, ni los víveres, ni nada que sea indispensable a las necesidades vitales de los demás.

11.º—Velar para que sean cumplidos los ***derechos del niño,*** a quien han de considerar como supremo elemento purificador y edificador de la vida social:

12.º- No prestarse nunca, ni por recompensa ni por amenaza, a servir de instrumento de ninguna opresión, explotación o tiranía, que afecten a los derechos vitales de los otros.

Así, sumisos con docilidad y fervor a estos mandamientos, en cuya obediencia y cumplimiento han de hallar su alegría y su orgullo, concebimos nosotros a los sembradores de esta semilla de justicia, de armonización, de verdad y de vida.

7.—Necesitamos repetir, una y otra vez, que el Mínimun Vital *no es beneficencia*, sino *Derecho*, y derecho primario y absoluto. No es el Estado dando escuelas y otras cosas, «después de atender a la función principalísima de defender la soberanía» sino *la Nación organizada como una gran familia, en que se atiende a la función* CAPITAL, PRIMARIA, *de procurar vida* a todos sus miembros. Nosotros los vitalistas no queremos oír hablar de soberanías, ni de abstracciones de ningún género; queremos oír hablar de niños que comen buen pan y toman buena leche; de gentes que van calzadas y vestidas de verdad; de trabajadores que se nutren bien; de fa-

milias que viven en casa amplia, soleada, aireada; en fin, de un pueblo fuerte, sano, vigoroso, alegre, cuya religión es trabajar, y cuya recompensa es VIVIR.

Nosotros sabemos, y no queremos perder el tiempo en demostrarlo, porque es evidente, que las palabras de *soberanía, independencia, autonomía,* carecen de sentido para los innutridos, para los desmedrados, para los miserables, para los mendigos. La vida, la fuerza, la salud, son las fuentes de donde manan todas las prerrogativas y todos los derechos *reales.* Cuando se tiene vida, se es independiente, se es libre, se es soberano, y se tiene aliento para luchar, y para morir defendiendo la libertad, la independencia, la soberanía y todo lo demás.

El Mínimun Vital coloca el vivir, el vivir sano, alegre, fuerte, *por encima de todo, y como base de todo.* Es a la vez, la raíz del árbol y el penacho que le corona. Y no puede confundirse con la Caridad, con el Altruismo, con la Beneficencia, con la Democracia. No quiere que se le confunda ni en los fines ni en los medios, con sistemas que han sido ya ampliamente experimentados, cuya eficacia resulta siempre harto limitada y eventual.

El hombre necesita ahora asentar todos sus anhelos sobre la ***realidad biológica,*** que no es *entidad ni soberanía,* ni otras cosas de ese jaez, sino nervios, músculos, sangre, pulso fuerte y respiración profunda. Y eso lo da el trabajo bueno, el buen sueño, el buen descanso, la casa buena, el vestido bueno, la comida buena.

Es un *Vino Nuevo,* que tenemos que echar en *odres nuevos.*

y **8.**—Dicho en síntesis, y para que lo recuerden mejor quienes hayan leído los trozos anteriores, el ***Minimum Vital*** se resume así:

1.º—Toda criatura, por el simple hecho de nacer y de vivir, *tiene derecho a que la Colectividad le asegure, mediante una justa y sabia organización de la propiedad, del trabajo, de la producción y del consumo, un* ***Mínimun de Vida Integra,*** *o sea la satisfacción de las necesidades primordiales.*

2.º—La Naturaleza ha previsto lo necesario a la consecución de ese fin, dotando a la colectividad de *Sustancias Comunes,* que son la materia prima del trabajo y de la vida, y dotando a cada individuo *de instrumentos* que le capaciten para transformar esas sustancias, y extraer de ellos todo lo necesario para la sustentación individual y colectiva.

3.º—La tierra, el agua, el aire, la luz, el calor solar con todas sus modalidades y potencialidades, son esas sustancias comunes, herencia y propiedad de todos los seres, y por consiguiente no aprobables a título perenne por ningún individuo, sino por usurpación, que nada puede jamás justificar. Así, ningún hombre es dueño legítimo de la tierra: usa de ella en cuanto se lo permiten las leyes y costumbres creados por la Colectividad, que es *la sola y legítima poseedora.*

4.º—Los instrumentos de trabajo de cada hombre, son sus brazos, son sus piernas, sus sentidos, su pensamiento. El motor de ellos, su voluntad de trabajador; *y en cuanto realiza esa voluntad, mantiene su derecho imprescriptible a un Minimum de Vida Integra.*

5.º—El Deber Primario, anterior a todo, por encima de todo, para el individuo, la familia, la Comuna y el Estado, es organizar la propiedad, el trabajo, la producción y el consumo, lo mismo que las relaciones entre hombre y hombre, de manera que todo converja a la realización perenne y fácil del Mínimum Vital: es decir, a que el trabajador encuentre siempre las condiciones necesarias para alcanzar su Mínimum de Vida Integra.

Nótese bien que la verificación en los hechos, de esta doctrina, no está necesaria y absolutamente ligada a tal o cual régimen político ni económico: si se tratara de un pueblo de pescadores o de sólo mineros, donde el cultivo fuera imposible, la doctrina subsistiría con el mismo imperio que en un país de agricultores; si se tratara de una tribu nómade cuya vida dependiera únicamente de sus ganados, sería lo mismo. Porque en todas partes y en todas las condiciones imaginables, el hombre está en contacto con las grandes Sustancias Vitales de la tierra, del aire, de la luz, del agua, del calor, sobre las cuales tiene que actuar para vivir.

Maneras de organizar el funcionamiento económico de nuestra doctrina, habrá muchas: tendrán que variar según los lugares y las épocas, y serán inadecuadas para unos pueblos las que resulten mejores y más eficaces para otros. Lo que subsistirá siempre, es el derecho de la criatura a vivir íntegramente; la confirmación y realización de ese derecho mediante su voluntad de trabajar, es decir, de emplear sus instrumentos de trabajo en la transformación de las *Sustancias Vitales;* su posesión perpetua, inalienable, imprescriptible de tales substancias, y su uso en la cantidad y forma que determine el Acuerdo Social; y finalmente, el reconocimiento claro, invariable y total, de parte de la conciencia colectiva, de que su deber, su más alto deber, su deber primario, es mantener seguro y fácil el acceso a la Vida Integra, para todos los miembros de la Comunidad.

Termina aquí la Exposición Sintética de la Doctrina del *Minimum Vital.* Preparamos una *Economía* del Sistema, según la concebimos adecuada para nuestro país. Habíamos comenzado ya a publicar ese trabajo, pero una experiencia dolorosa nos ha enseñado qué imprudente es pnblicar en un diario, fragmentariamente, una doctrina nueva, que no sólo hiere prejuicios, ideas y creencias, sino, lo que es más grave, *intereses y privilegios.*

Así, esperamos concluir nuestra *Economía del Minimum Vital,* para imprimirla en este Diario, de manera que nada interrumpa su publicación.

Entre tanto, ahí quedan la Filosofía y la Etica de la Doctrina, su Definición y su Finalidad. Ahí quedan flotando en el ambiente, como flota el polen de las flores, confiado en que el viento lo llevará sobre sus alas, adonde halle tierra propicia, y agua y sol para germinar y florecer.

Hay una hora para las ideas como hay una hora para que se abran los capullos de las rosas. La brisa, el torrente, el buche del pájaro, la tierra y las nubes, conocen esa hora, y hacen su deber, para que la Voluntad de lo Alto se cumpla. Es un secreto que Dios le confía y al cual ellos, con gozosa fidelidad, consagran sus fuerzas.

¿Ha llegado esa hora para el Mínimum Vital, para una organización de la Vida, en que las palabras Justicia y Amor tengan sentido?

Sí.

A. Masferrer

(De *Patria.* San Salvador, 1929)

Prejuicios raciales

El criollismo

SOBRE la cuestión razas he venido dando mis plumadas, pues es tema que me intriga demasiado, pero estoy bajo la impresión de que las gentes de Colombia esquivan este tópico. Allá, en donde tanto se esconde la sangre que no sea blanca, sonroja hablar de lo que realmente somos, es decir, un conglomerado de blancos, indios, negros y sus mezclas.

Sin embargo, algunos escritores empiezan a levantar el velo que cubre el *vergonzoso* tema. Esto me parece excelente, pues es de conveniencia nacional arrancar la careta estúpida de los convencionalismos y prejuicios. La cuestión racial es para nosotros, como para cada país de formación nueva, uno de los más hondos problemas y a plena luz debemos estudiar lo que somos, a fin de conocer nuestros males y poder aplicar los remedios. Es también necesario combatir ese empeño tan común entre nuestras gentes de estar buscando falsos abolengos nobles, antes que fincar su orgullo en los nobles esfuerzos de sus antepasados, posiblemente humildes, por crearse una posición y un nombre, como se practica en esta gran democracia norteamericana.

En un diario de Barranquilla, me parece que *La Nación,* dirigida por un escritor inteligente y ecuánime, a propósito de la visita de Mr. Hoover a Sur América, se hacían unos comentarios sobre el espíritu de superioridad del blanco que dice predomina en nuestros conglomerados medio indígenas, pero, a no dudarlo, el articulista se ha dejado guiar por una impresión superficial y ligera.

No creo que haya entre nosotros acentuado orgullo de razas, porque al respecto, no he visto en el mundo un país más democrático que Colombia. Allí el negro puro o mezclado, lo mismo que el indio, apenas se educan y adquieren alguna posición social, intelectual o económica, alternan con todos sin distingos de ninguna clase. Ya lo hemos dicho en uno de nuestros escritos: Una buena parte de nuestros escritores, generales, legisladores y doctores, aún muchos de nuestros diplomáticos y hombres de estado, llevan en sus venas la mezcla de las razas establecidas en Colombia. Por lo tanto, en nuestra democracia no puede asegurarse con justicia que haya acentuado prejuicio racial, pues capital, ta-

lento y buena educación, borran entre nosotros las diferencias.

En nuestro bajo pueblo esas barreras son aún más débiles. Basta observar uno de los Regimientos de nuestro Ejército, en que todos los elementos andan mezclados. No puede, pues, aceptarse que el color establezca en Colombia diferencias de categoría entre las gentes niveladas por la educación.

Quizá el escritor ha querido referirse a un viejo resabio colonial, a algo que podremos llamar *el criollismo*. Esto sí representa una fuerte tendencia en Colombia, pero que desaparecerá poco a poco, a medida que el país tenga más contacto con el mundo exterior y que nuestras gentes sencillas de los campos y de las pequeñas ciudades se familiaricen más en el trato con elementos extranjeros.

En los días de la Colonia, al parecer olvidados de que los Conquistadores fueron los hombres de pro, de que ellos con su heroísmo y sufrimientos eran los que habían creado un mundo nuevo para la Corona española, se estableció una cierta diferencia entre el peninsular y los descendientes de los bravos conquistadores, llamando a éstos los «criollos». Estos se acostumbraron a ver en los recién llegados al funcionario influyente y por lo mismo, los habitantes de nuestras montañas se resignaron a aquel papel de inferioridad que terminó con la rebeldía de las colonias, mas aquel sentimiento simplista de mirar al extranjero con ojos atónitos, aún no ha desparecido en Colombia. Y si el extraño tiene los ojos o el cabello de un color diferente al del común de las gentes, se le mirará con mayor recogimiento. Cualquiera que haya viajado por las diversas secciones de Colombia, si tiene mediano espíritu de observación, podrá constatar lo que decimos.

Recuerdo al respecto que una vez en Cali, siendo yo casi un niño, un cierto día en el modesto hotel de la Señora Moya, entonces el más conspicuo de la ciudad, varios clientes «criollos» vimos al lado de nuestra mesa, una mesa arreglada especialmente, con mantel reluciente y un hermoso ramo de flores. No había flores para nosotros ni brillaba nuestro mantel por su limpieza. Supusimos que se trataba de un caso especial, más nada de eso. Era que ese día venía al hotel un muchacho newyorkino, que resultó un judío. De más está decir que en el país nuestro y no sé si todavía, no se hacían distinciones entre un judío y un yanqui. Todos son americanos para nosotros. El obsequiado mostró ser hombre de tacto y que prontamente apreciaba una situación. Al llegar y verse solo y notar que no había flores para nosotros, pasó con ramo y todo a nuestra mesa y vinimos así a ser grandes amigos. Era un caso de *criollismo*.

Quien ha viajado por nuestras montañas sabe que es una mala suerte llegar a las posadas al mismo tiempo que un hombre rubio, de ojos azules. Estos *gringos* o *franchutes* que dicen los campesinos, antes que necesitar de la protección de los «marinos» de Mr. Coolidge, se llevan la mejor gallina y siempre es para ellos la cama más confortable y limpia de esas viviendas modestas de nuestros caminos. Casos de *criollismo*.

No olvidaré el detalle de un literato amigo mío que hacía una expedición, con ribetes de científica, por el Magdalena. Al correr del buque nuestro amigo medía corrientes, cubicaba el volumen de las aguas, etc. Con él iba un hombre rubio, del norte. Pensaba éste, tal vez, que tales observaciones, tan de carrera, no valían la pena y por lo mismo no se ocupaba de ellas. Determinó esto una cierta falta de armonía entre los de la expedición, pero nuestro compatriota, más hombre de letras que otra cosa, y de emociones fuertes, para explicar la presencia del otro en su compañía, nos decía: Los ojos azules son necesarios para dar un tinte de interés a la expedición. Aceptaba él nuestra teoría del *criollismo*.

Todo esto, como digo, son rezagos coloniales, que desaparecerán. Lo que sí está muy más arraigado entre nosotros es el divertido prejuicio de la sangre azul. Todos nuestros mestizos, en cuanto suben algunos peldaños de la escala social, respaldados por un poco de dinero, son nobles! Ninguno de ellos quiere reconocer su origen ni fincar su orgullo en cosas positivas y esto ha creado en nuestra psicología grandes inconvenientes y ha hecho a buena parte de nuestras gentes superficiales y ridículas.

Que les sirva de ejemplo Mr. Charles Curtis, Senador de los Estados Unidos elegido recientemente Vicepresidente de la República. Mr. Curtis, hombre sustantivo, si los hay, de una posición sólida, tiene a orgullo descender, por parte de madre, de los indios Kaw, de Kansas, y entre ellos, siguiendo los atavismos de la sangre, corrió una buena parte de su infancia. Y este país tiene a orgullo que su Vicepresidente descienda de una de las tribus autóctonas.

Yo me pregunto: ¿Cual de nuestros escritores, generales, legisladores y hombres de la sociedad de Colombia, en cuya cara se leen vigorosamente sus atavismos raciales, tiene la franqueza de confesar que en sus venas lleva la sangre de los primitivos pobladores de América? Ninguno!

Y no hay razón para ello! La raza india es una raza de características propias muy atrayentes. Pesan sobre el indio siglos de aplastamiento que lo han envilecido, pero en donde quiera que se redime de estas taras, el indio nos muestra una alma impregnada de sentimiento, ya sea como músico, como escritor o en las artes manuales, para las cuales tiene una gran disposición.

Físicamente tiene el indio líneas interesantes y en sus mezclas con el blanco da aquellos tintes morenos que han hecho tan atractivas otras razas como las del medio día de España e Italia, que son también el resultante de los blancos del norte con las gentes morenas del Mediterráneo.

La *ñapanga* popayaneja, cantada por el poeta Pombo, y que es el producto de los blancos españoles de buena cepa, que en Popayán se establecieron, y las hijas de las montañas, es un ejemplo de lo que digo. El ojo vivaz, ligeramente húmedo del mestizo, tiene una singular atracción y aquella tez morena de nuestras muchachas de la clase media, que es el producto común del cruce entre españoles e indios, es singularmente bella.

Si hemos de expresar con franqueza nuestras observaciones, el mulato y el zambo, que también los tenemos en abundancia en Colombia, son un producto diferente, son un producto incongruente. Generalmente son arrogantes, de una arrogancia un tanto vengativa, insolente. Son exaltados en sus pasiones y en política se guían por una fuerte tendencia personalista. Tienen antipatía instintiva al blanco, porque lo creen de mejor origen, miran con absoluto desdén al indio y al negro puro lo miran desde la altura. No son flemáticos y en lo general son materia fácil para las revueltas y toda clase de reacciones políticas o sociales inconstructivas.

En los Estados Unidos saben los hombres blancos que esto es así y por eso, a todo trance, han evitado el cruzamiento de los negros con las otras razas, conservándolos puros y tendiendo a su educación, para mejorarlo. Creen ellos que el negro puro es un factor mucho mejor para el país que sus mezclas y derivados.

Por fortuna el mulato desaparece fácilmente. Muy prontamente es absorbido por las otras razas. Estos colores fuertes, en contacto con otras sangres, se diluyen rápidamente y uno mismo puede observar que un mulato, en el curso de una o dos generaciones, da productos claros que se acercan más al blanco. En cambio, hay que reconocer que físicamente es un producto más resistente a la acción de nuestros climas tropicales. Es, pues, en nuestro concepto, un eslabón que se diluye o adelgaza en el proceso de nuestra nacionalidad y que desaparecerá totalmente cuando grandes corrientes de inmigración aumenten en Colombia el cuociente de la raza blanca.

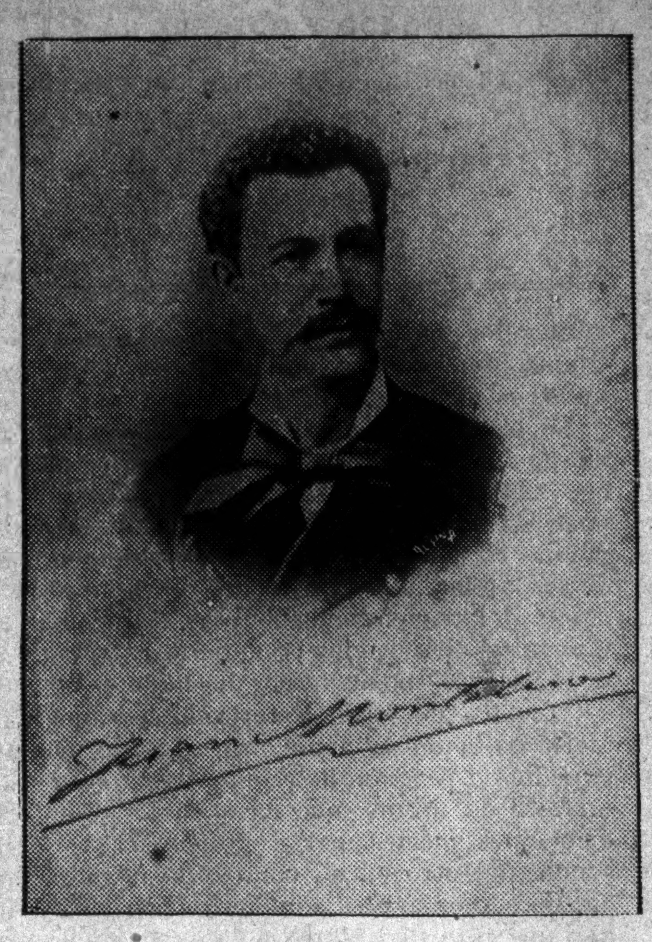
Mientras tanto, los núcleos negros que se conservan puros y que se salven de este contacto de las razas, quedarán, como los negros de Estados Unidos, aislados dentro de la nacionalidad. En cuanto al elemento indio, el caso es diferente: esta raza será enteramente absorbida por la raza blanca conquistadora, poniendo en ella un tinte ligeramente moreno. Sólo, hay que pensar en la influencia psíquica que, por sus tradiciones y sufrimientos, llevará esta raza al común crisol de la cionalidad.

Enrique Naranjo

Boston, Diciembre 10 de 1928

Leyendo *El Regenerador*

=De *Lecturas Dominicales*. Bogotá=



HACE poco leía las páginas de *El Regenerador*, revista menor, libérrima de inspiración, que fundara Montalvo, al volver a su patria después de largo ostracismo y de acerbas campañas en Quito, el 22 de junio de 1876.

Había fenecido la dictadura teocrática de García Moreno y el gran polemista infatigado vuelve resueltamente a la estacada, como caballero de la Edad Media, «armado de todas armas». No es misántropo: ama siempre el género humano representado por el amable conjunto que llamamos patria. En su estandarte hallamos generosa inscripción, voces de concordia, de paz y de perdón.

Empero, lo notamos entristecido. Antes creía, con fe lamartiniana, en la democracia. Ahora duda y discute. Observa el divorcio que existe entre el ideal claro y la confusa realidad. Como sociólogo, enseña que sólo son buenas las leyes si convienen a los pueblos a quienes se aplican. Como educador, pone su conato en reformar al Ecuador doliente, minorado. Predica unión, porque son invencibles las naciones atacadas por fuertes vínculos, sea que se dediquen a la industria o a la guerra. Traba lecciones con ánimo tesonero, explica, vulgariza la doctrina encerrada en libros clásicos. Un día comenta a Montesquieu, otro cita a Stuart Mill. En otras ocasiones, acusa, enjuicia, se derrama en diatribas y sarcasmos, noble en sus odios, desinteresado en su amor, seguro en su amistad.

Bolívar exclamó, cuando su obra parecía destinada a abismarse: he arado en el mar. Montalvo ha sufrido en noches tristes. Miseria, destierro, acusaciones, amenazas; ¿qué males no se han apellidado contra el defensor de causas justas? «Hasta ahora, nada he podido en este pueblo después de doce años de brega constante». Resuelto está a abandonar de nuevo la tierra dilecta, a vaguear, con dantesca acedía, por ciudades indiferentes. Escuchemos la áspera lamentación del sagitario: «al diablo sea ofrecido el fruto que se saca de tanto estudiar, tanto escribir, tanto exponerse, tanto padecer, tanto gemir por las desgracias comunes».

Él sabe que si la democracia contribulada le escucha y le sigue, se salvará de dos peligros alternantes, la tiranía y la anarquía, el poder sin compás y el turbio duelo de las facciones. Sed libres, dice a sus conciudadanos, pero no más de lo preciso. Aconseja respecto a las leyes justas, prudencia, obediencia y mesura. Pide a los ecuatorianos que sirvan a la república, pero no les guíen siempre «dioses personales». Algo por la comunidad, no todo por el individuo, enseña. Y aunque exalta la libertad y por ella combate hasta el sacrificio, afirma que el orden es condición necesaria del progreso y que la libertad, si con una mano contiene a los oligarcas, con otra debe sujetar al pueblo.

Disertando o riendo, imperioso o jubiloso, nos parece un descastado. Ha vivido en el seno de libres Estados y ahora descubre, en torno suyo, miseria, esclavitud, odios menores. Nadie la comprende: hereje para los clérigos, de clerical le acusan los herejes. Liberal, porque reina el desconcierto, se ufana de ser conservador a su manera, conservador del orden, de la moral, del patriotismo. Él lucha por las ideas donde predominan intereses, donde «un liberal se vuelve conservador de la noche a la mañana como consiga atrapar un empleíllo, y un conservador se convierte en liberal furioso, si el gobierno se lo quita». En esta atroz soledad moral, se nutre de tristeza como de miel salvaje.

Su espíritu platonizante vive en constante comercio con las ideas puras, con los paradigmas y los arquetipos. Sigue siempre la vía media, ofrece reglas de oro. Denuncia las demasías del clero, pero reconoce que es uno de los elementos esenciales de la sociedad y que el gobierno no debe envilecerlo. Cuando los conservadores colombianos que habían sido desterrados, se refugiaron en El Ecuador, pidió para ellos asilo «con toda su santidad, sin excepción». Si el presidente Veintemilla se torna injusto, Montalvo incita a sus conmilitones para que intervengan en defensa y en provecho de intransigentes enemigos.

En las páginas de su revista, con extrema lucidez examina la condición de la República y luego dilata su visión para juzgar a América entera, incipiente y bárbara. Semibárbaros, nos llaman los países civilizados del Viejo Mundo, escribe, sin rechazar esta apreciación. Como no pueden ser sabios los hispanoamericanos, basta al escritor que sean hombres de bien, que dejen de ser corrompidos y canallas. Un viajero había escrito que todo es bambolla en nuestras repúblicas. Montalvo cita y aprueba esta opinión. En su comentario, apunta que, «para leyes sabias, generosas, aquí estamos nosotros: libertad de imprenta, garantías individuales, derecho irrestricto de sufragio, maravillas»: en cuanto a progreso, los pueblos del Nuevo Continente hacen ventaja a los demás con sus ferrocarriles a la luna, telégrafos a las siete cabrillas, carreteras a la vía láctea.

En la política criolla, la agrupación que triunfa, en guerra civil, se titula a sí misma libertadora y civilizadora. Los vencidos reciben el nombre de tiranos, pero si vuelven a gobernar, serán a su vez restauradores y los libertadores de ayer se trasmutarán en bandidos. ¿Dónde, en estas luchas, la razón y la justicia? En nuestra América, según el gran escritor, el mando corresponde por derecho natural a los peores. Se pasa de la anarquía que es «el terremoto diario» al despotismo que es «la calamidad pública».

Para vencer estos extremos igualmente peligrosos, Montalvo escucha lecciones europeas y propone la asociación. Recuerda que, en el siglo XIX, extienden las asociaciones su red magnífica y constituyen garantía de la libertad. El individuo por la tiranía: pero si se junta a otros, en firmes corporaciones, llegará a oponer contrarresto a la autoridad que invade todos los dominios.

Se desconsuela el patriota regenerador, porque, a pesar de la libertad, continúan los ecuatorianos siendo parias. Adivinamos que si detesta la autocracia también repele la paz de gentes laicas, la mediocridad, la pereza de una sociedad inestable. Un día desdeña a García Moreno, tiranuelo, tiranillo; otro le llama hombre singular, carácter ígneo, sabio tirano. En una página de este periódico, leemos: «fuerte ha de ser el hombre de probidad que, entre nosotros, no se corrompa al fin o salga tirando piedras». Como él es incorruptible, vuelve a Europa, renuncia a corregir y dirigir, convierte su biblioteca en principado y sigue entallando su espíritu en un glorioso obrador.

Francisco García Calderón

París, diciembre de 1928.

Las memorias de los otros

Las opiniones del profesor López de Mesa.—José Asunción Silva y su medio ambiente.—La aparición del primer Nocturno.—Los ingenios del retruécano y las equivocaciones de un crítico.—Peter Altenberg con capítulo en la *Literatura Colombiana*.

En su conferencia acerca de la poesía en general y especialmente de la obra de Silva, el Profesor López de Mesa se ocupó detenidamente y con la seriedad natural de su obra, en la demostración de que el ambiente contemporáneo del poeta no pugnaba con su talento, con sus maneras exteriores ni con su sensibilidad de finísimo aparato registrador de las variaciones en la atmósfera intelectual. Es posible que el doctor López de Mesa tenga razón en contra de los muchos contemporáneos de Silva, sostenedores de la opinión contraria. Es posible porque el conferenciante puede usar de las ventajas que da el tiempo cuando se le usa como usamos de la distancia en la apreciación de las pinturas ornamentales o de la fachada de alguna suntuosa construcción moderna.

Los que vivimos al lado del poeta, mezclados al movimiento literario que de él recibía, contra su voluntad, impulso y orientación manifiesta (nada era tan contrario a su naturaleza como el proselitismo) acaso no estemos en capacidad de juzgar a la sociedad de aquellos días. Nos falta la perspectiva y acaso hayamos sufrido también de las limitaciones propias de los hombres que formaban el ambiente. Sin entrar a discutir sobre el fondo del problema psicológico, en cuyo análisis nada iguala la competencia del doctor López de Mesa, vamos a señalar unos dos aspectos del ambiente contemporáneo de Silva, para que puedan apreciarse con más exactitud las relaciones entre el artista y su medio.

Antes de eso importa consignar un recuerdo no muy remotamente ligado con la psicología del medio social en que vivió Silva, un ambiente de suposición y falsía determinado por la transición más brusca que haya sufrido el ambiente social y político de este país, desde la ocupación de Bogotá por las tropas vencedoras en Boyacá. En los comienzos de la guerra mundial, cuando la suerte de las armas les era adversa por todas partes a la Gran Bretaña y a sus aliadas, discurrían en Londres sobre la triste condición de los sucesos el profesor Fitzmaurice Kelly y el autor de estas líneas. Preguntaba éste de dónde nacía el odio tenaz, razonado y violento de que daba pruebas en ese instante la opinión inglesa contra Sir Ian Hamilton, una de las personas militares y sociales más visibles del Imperio en esas horas preñadas de grandes acontecimientos «No es difícil la explicación, dijo Fitzmaurice Kelly con la placidez natural de sus formas de expresión, Sir Ian llega a los sesenta años y es todavía joven. Ha tenido la fortuna de nacer en la época más propicia al desarrollo y al libre juego de sus grandes y excepcionales talentos. Es un militar de brillante carrera. Fué herido en la guerra de los Boers y ha visto cerca de sí la muerte repetidas veces en esa dura campaña y en otras zonas de destrucción. Es un hombre hermoso, distinguido además por su educación y sus maneras. Ha contemplado la vida desde arriba y la abarca en todas direcciones.



José Asunción Silva

Escribe una prosa límpida, desembarazada y llena de sugestiones. Hace versos muy apreciables. Rico, de posición social elevada y estable, es motivo de envidia para los que le conocen y son capaces de guardar en su alma ese feo sentimiento. ¿Cómo puede usted asombrarse de que una sociedad, hipócrita y envidiosa, cuya tabla de valores se funda no en los hechos reales, sino en la mera suposición, sienta odio por un personaje cuyos éxitos están fundados en la posesión de talentos verdaderos y de méritos positivos?» Fitzmaurice Kelly se había familiarizado con la obra y la vida de José Asunción Silva. Lo hizo presente con discreta palabra en las conferencias dictadas ante un auditorio hipercrítico en la Universidad de Oxford y más tarde en un volumen, de belleza que se escapa al análisis, con el título de *Algunos maestros del verso español* (Some Masters of Spanish Verse). Por ese conocimiento minucioso de la obra de Silva, iluminado por una capacidad crítica eminentemente justa y sagaz, Fitzmaurice Kelly no manifestó sorpresa cuando su interlocutor exclamó, al escuchar su última sentencia sobre la vida de Sir Ian y la actitud del pueblo británico ante sus bellos éxitos: «Como José Asunción Silva». Con excepción de la riqueza y las hazañas militares, el poeta de los Nocturnos señalaba sobre el medio donde se revolvía estrechamente una superioridad todavía más abrupta que la de Hamilton sobre el suyo. El general inglés no llegó a las fronteras del genio, cerca de las cuales se cernía graciosa y desembarazadamente el espíritu de Silva. Y comparando los dos medios sociales y literarios es obvio que, para la bohemia literaria de aquellos días, para la mayor parte de las gentes a quienes les atraía el verso cargado del sentido nuevo de la vida, el poeta de *Cosas viejas* y el prosista de *Trasposiciones*, era un hombre riquísimo.

Cuando llegó a Bogotá el semanario de provincias donde apareció por vez primera el más famoso de sus Nocturnos, los habitantes de la ciudad soñolienta y murmuradora pudieron observar cómo pasaba el impreso de unas manos a otras, en las aceras donde una gran multitud solía tener su domicilio y sus agencias de negocios, entre la sonrisa beocia y la consternación ininteligente. De ese Nocturno se supo que era una obra maestra, indicativa de un nuevo rumbo, cuando los evangelistas de otras comarcas estudiaron su contenido. Una noche le leímos en manuscrito la poesía *Lázaro* al vate más popular de la época, y después de un gesto melancólico y no exento de necedad se atrevió a decir claramente: «No me gusta ni la idea ni la forma».

Por aquellos días, después de la muerte de Silva, un escritor aficionado a cosas extranjeras dió a luz en el *Repertorio Colombiano* algunas observaciones sobre la literatura alemana de orillas del Danubio en esos instantes. Con excepción de la política, el *Repertorio* no solía ocuparse en el estudio de cosas actuales. Aquellas consideraciones sobre la obra y la vida de poetas y novelistas, cuyos nombres aparecían en Bogotá por primera vez en letras de molde, causaron una sensación de desagrado no exenta de sorpresa. Se habló del artículo por unos días, y no se habría hablado tanto, a no haber sido que un ingenio del retruécano y de la visión primaria de la literatura, afirmó con cierta gracia que el autor de quien se hablaba con más detenimiento en esas consideraciones estéticas era una pura invención del crítico. La especie llegó a propagarse con caracteres de verdad indestructible. El único historiador de la época literaria a que me refiero, persona discreta en sus juicios y no escasamente informado en lo tocante a las letras humanas, se dejó influir por aquel gracejo. Al hablar en su *Literatura Colombiana* de los autores en quienes se ejercitó la paciencia o se paseó la curiosidad del colaborador aquel de *El Repertorio Colombiano*, agrega: «Y aún habló de personajes que siguen siendo una incógnita para la mayoría de los lectores». Sobre el personaje que tenía para los hombres de aquella época el valor de una incógnita ha escrito el doctor Egon Friedell un libro de análisis titulado *Ecce Poeta*. Acaso no exista en Alemania un volumen de crítica tan reverberante de ideas, de gracia analítica, de comprensión minuciosa, como el dedicado por el gran filósofo de Viena al «personaje que sigue siendo una incógnita para la mayoría de los lectores». Se entiende de las personas que leían la *Literatura Colombiana*. Ese personaje desconocido para unos e inexistente para otros, dejó diez o doce tomos de bocetos impresionistas, en los cuales con una visión personalísima de los hombres y de sus relaciones entre sí y con las cosas que los circundaban, fijó momentos de

la vida espiritual vienesa de aquellos tiempos, para deleite de conocedores y provecho de los futuros cronistas del Austria finisecular y antibélica. En vida del escritor figuraba ya su nombre con elogio en las historias de la literatura (Richard M. Meyer); en esas concienzudas compilaciones alemanas sobre la historia de las letras figura después de muerto, este original descriptor de la vida vienesa, ora entre frases de alabanza, ora con reservas de intención más o menos dañada (Vogt und Kock, Storck, Bartzels). En una historia de la literatura alemana publicada recientemente por Klabund y en cuyas cien páginas de texto se habla de las ideas y las formas literarias alemanas «desde la oración en que el primer joven germánico, solitario en el bosque de hayas, y de rodillas ante el altar de Wotan le pidiera a este dios inspiración para ganarse la voluntad de la amada», hasta «el anhelo de redención que florece en los espíritus después de la guerra mundial», Klabund le concede al autor desconocido para los lectores de *Literatura Colombiana*, tres líneas, de tipo menor, el mismo espacio que allí se le dedica a Rainer María Rilke, «un monge de capucha roja, amante de las delicias celestiales, sin despreciar los goces de este mundo», y a Hugo de Hofsmannsthal, «cuyo escudo es un esqueleto adornado con rosas ardientes».

El artículo del *Repertorio* dió lugar a mayores extremos. Un caballero de cierta edad, pero muy bien conservado, escritor él también, literato de varia información y viajero de mucha experiencia, adquirida en capitales babilónicas de ambos mundos y en playas licenciosas del más antiguo, no pudo conformarse con la idea de que en 1896 un escritor colombiano hablase con apariencia de conocimiento directo, acerca de las obras escritas por autores austriacos de la última hora. Buscó en la *Revista de Ambos Mundos* y en el *Mercurio de Francia*, por si Teodoro de Wyzewa o Henri Albert le daban la clave del enigma, y tuvo la pena de enterarse de que ni para ante el encargado de las noticias literarias sobre el extranjero en la anciana revista francesa, ni para ante el cronista de las letras alemanas en el despabilado *Mercurio*, habían hallado gracia los autores cuyas obras analizaba el escritor irreverente del *Repertorio*. Surgió entonces en el hombre de los viajes sentimentales una graciosa teoría y con ella en la inquieta imaginación, avezada en el arte de hilar divertidas consejas, fué una noche al club, donde eran por el momento grandemente apreciadas su distinción espiritual y su elocuencia nativa. En ese tiempo los clubs de Bogotá no eran las suntuosas mansiones de la época presente.

Eran las nueve y media de la noche (hora propicia entonces para darle principio a una novela romántica), cuando nuestro amigo llegó al edificio de la calle 79. Subió con rapidez al hall de conversación, donde se detuvo un momento como si estudiara con la experimentada visión del psiquiatra la capacidad intelectual y emotiva de los presentes. Por su tamaño (estatura y abundancias musculares o adiposas) el más visible era un caballero que, casi en posición supina, ocupaba nueve décimas partes de un canapé imperio. Excepto la belleza de las formas se parecía mucho a la estatua de Bonaparte sacada por Cánova del mármol obediente. Era un hombre leído (no Cánova sino el personaje supino) conocedor de varios idiomas, y aficionado a leer novelas en dos o tres de ellos. Vestía mal. Entre los pantalones mal ceñidos y un chaleco rebelde se divisaban blancuras indiscretas que no pertenecían a ninguna de esas prendas del vestido. En sillones más o menos mullidos se reclinaban silenciosos siete u ocho asiduos a la tertulia del club. Estaban allí esperando entre bostezo y observación general la llegada de algún chistoso, de algún archivo de noticias mundanas, de algún conversador ameno, como suelen producir a veces la hora y la buena voluntad de los oyentes. Había de pies, reclinado sobre una gran mesa de nogal un caballero de mediana estatura, nariz saducea, boca displicente, ojos sin expresión, carrillos un tanto caídos y bigotes de jefe galo. No hablaba. No tenía que decir, pero esperaba que alguien hablase. Ya había durado el silencio cinco minutos y la situación era dura, ominosa, casi insoportable. El hombre de la nariz saducea y los mostachos de jefe galo, rompió el silencio. «Qué traes de nuevo?,» le pregunto al hombre de la inventiva en materia de teorías literarias. Este, sin sentarse, para hablar con más desembarazo, informó con acento de importancia. «Hay una teoría sobre el artículo aparecido en el *Repertorio*, acerca de la literatura austriaca». El saduceo no había leído el *Repertorio* y sabía tan sólo del imperio de Francisco José que allí se fabricaban una cierta clase de calzado y muebles de mimbre. No dió señales de interesarse. El gordo se sentó penosamente. Los otros caballeros de los cuales unos habían leído el artículo y otros tampoco lo habían entendido se miraron las caras, pusieron luego la vista en el hombre de la teoría y con los ojos brillantes y cierta contracción de la frente daban a entender que eran todo oídos. «Sin duda ustedes se acuerdan, dijo el descubridor del artículo a que mo refiero. Un mozo de provincias a quien nadie conoce escribe por primera vez en el *Repertorio*. Al ver una firma nueva en ese papel uno está preparado para leer una larga insignificancia sobre «la originalidad y el plagio» o alguna disertación de impávido ensayista sobre el «idealismo y realismo en la novela». Pero el autor de esta perpetración ha salido con una noticia literaria sobre algunos autores recientes de Alemania y Austria. Se difunde con cierta complacencia en las obras de un autor de bocetos cortos que parece tener un gran don de observación y cierta gracia subjetiva para dar lo esencial de un paisaje real o espiritual en frases abreviadas y de grande eficacia». «¿Has leído tú obras de ese joven autor?», preguntó el hombre de las adiposidades. «No», replicó el de la teoría; «nadie le conoce en Bogotá.» «Entonces, interpuso uno de los asiduos, que parecía conocer al autor del artículo; ¿a qué meterse a divagar sobre si la crítica o noticia o lo que fuere, está justificada? El autor del artículo tiene en su favor la redondilla sobre el mentir de las estrellas». «Caliente, caliente», dijo el informante. «tú estás muy cerca de la teoría». El gordo, un tanto fastidiado, pidió con frases perentorias que se suspendiesen las interrogaciones, comentarios y derivativos para llegar al fondo con la prontitud necesaria. Tomó entonces de nuevo la palabra el literato y viajero de varia experiencia. Al hablar levantaba el brazo hasta poner el codo casi a la altura del hombro y luego traía el antebrazo hasta cerca de la barba que no llegaba a tocar con la mano; una actitud forzada, casi violenta, que en él se había convertido en segunda naturaleza. «Pues bien, antes de formular en pocas frases la teoría que un ingenio de la capital propone para explicar la mentada producción, ocurren algunas observaciones. Es la primera que a Bogotá no llegan para el consumo de un público inexistente obras alemanas de ninguna clase. En esta capital el número de residentes alemanes no pasa de sesenta (esto se refiere a 1896) y de ello la mayor parte es extraña a la literatura, sobre todo a la literatura de caracteres semejantes a los que particulariza el autor del artícu-

lo aparecido en el *Repertorio*. Es la segunda que a causa de los derechos de autor, las obras de amena literatura publicadas en lengua alemana, tienen precios muy elevados en comparación de las obras de igual género salidas a luz en Francia o en España. En tercer lugar hay que tener presente cómo el *Repertorio* no paga colaboración; a lo menos, no incurre en ese acto de retribución con los escritores noveles. Por último el goce estético es una función eminentemente social. Como no se trata de una profesión remunerada nadie lee obras de amena literatura si tiene por seguro, como lo tendrá el lector de novelas y dramas alemanes en Bogotá, que no habrá nadie con quién compartir o a quién comunicarle el placer experimentado con esa lectura. Si esto es cierto, resulta inverosímil que un aficionado, de escasa fortuna, dependiente para vivir de un sueldo moderado, pida dos docenas de libros alemanes, tenga la paciencia de leerlos a sabiendas de que no podrá comentar con nadie las ideas y sensaciones de esa lectura y se ponga a escribir un artículo gratuitamente para público de seguro indiferente ante la psicología de escritores vieneses y por completo ignorante de la historia de la literatura austriaca y del ambiente en que se agitan los escritores vieneses del momento». Se detuvo para apreciar en el silencio la impresión que habían obrado sus palabras en la imaginación de sus oyentes. El hombre supino observó juiciosamente: «La serie de razonamientos que acabas de enlazar conducirían a la inducción de que es imposible el fenómeno de que haya en Bogotá quién escriba ese artículo. Pero la inducción es abiertamente opuesta a la realidad. El artíclo existe, su autor es conocido. El y no otro lo llevó al *Repertorio* ¿A donde nos llevan las copiosas y precavidas razones con que introdujiste tu gracioso discurso?» El autor de la teoría estaba prevenido para destorcer este argumento y le dió fin al discurso con ésta insinuación: «Es verdad que el escrito fué llevado por la persona cuya firma aparece al pie de él. Pero esa persona no ha comprado ni leído esos libros. La teoría dice que el autor ha leído revistas donde se trata de esas obras y de sus autores y con esos datos él ha levantado la estructura de su artículo.» «En tal caso, en Bogotá no será difícil encontrar el origen de ese artículo. Aquí se reciben muchas revistas extranjeras, argumentó el gordo.» «No te imagines, le contradijo uno de los siete que són muchas las revistas en las cuales puede saciar la gente letrada en esta capital sus apetitos de información literaria. Además, ya se ha hecho el escrutinio en las que se reciben y no se ha hallado nada. Sin duda, a ser cierta la teoría expuesta, proceden de revistas alemanas las noticias con que se ha pergeñado ese escrito». Esta explicación está, repercutió otro, en peligro de ser invalidada, con las mismas razones económicas con que se ha negado la posibilidad de que el autor del artículo haya leído libros alemanes con el sólo objeto de hacer un

(*Pasa a la página 189*).

Arturo Torres

Primer Director de la Escuela Normal de Costa Rica. Murió el 12 del mes en curso en Floral Park, Nueva York.

Esta carta...

(De ***Arturo Torres*** a ***Cristián Rodríguez***.)

Feb. 1/29.

Cristián:

¡Ojalá que todas sus aspiraciones se realicen y que Costa Rica le ofrezca las oportunidades que Ud. busca.! Costa Rica es generosa y buena y debemos quererla mucho.

Siempre pensaré en Ud. y recordaré con placer y tristeza las conversaciones que teníamos en el Childs *de la calle 32.*

De los amigos, de los que yo quiero como amigos y de los cuales me quedan ya bien pocos, no espero nada. Si se acuerdan de mi bueno, y si nó, también es bueno. Yo siempre los querré.

Su viaje me recuerda el tema desarrolladó en If Winter Comes. *Nuestras vidas son vapores que en la noche se encuentran en alta mar, se saludan y se separan, cada uno con rumbo distinto.*

¡Adios!

Arturo

De Arturo Torres, como Director de la Escuela Normal de Costa Rica en 1915, tiene dicho al Sr. García Monge lo siguiente:

En el cuerpo de la obra [1] se hallan dispersas las preocupaciones y las tendencias de los que me han precedido en la Dirección del establecimiento, y las que pudiera llamar mías. Es oportuno conocer primero las de don Arturo Torres, Director de la Escuela en 1915, tal como se hallan en su sensato Discurso de clausura, y en su Informe editado en la Memoria de Instrucción Pública del mismo año 1915. Serían éstas:

El ideal de una escuela para maestros no es hacer maestros solamente, sino formar hombres y mujeres cultos que irán más tarde a educar. Por lo tanto, hay que dar a los alumnos una buena preparación académica que sirva de base a su educación profesional. La enseñanza académica del aspirante a maestro debe fundarse en la utilidad que las asignaturas presten a la futura preparación del maestro.

Que una teoría educacional bien organizada provea al estudiante de un concepto comprensivo y filosófico de los fines generales de la educación.

Que los programas tomen en cuenta las necesidades del niño y las condiciones de la comunidad en que vive. Las experiencias y sus consecuencias concretas guiarán cuando se trate de organizar la escuela sobre la base del conocimiento individual de los alumnos que a ella ingresen y del estudio de las necesidades urbanas y rurales del país. Los valores sociales de la escuela incluyen toda actividad social en que el niño tenga que participar más tarde. Satisfacer las necesidades individuales de los alumnos, ofreciéndoles oportunidades para desarrollarse en las direcciones que las habilidades y aptitudes de ellos requieren.

El niño y la Escuela de Práctica son los verdaderos centros de la Escuela Normal. En la Escuela de Práctica debe tratarse de resolver los problemas de la Administración escolar del país.

Relacionar el trabajo teórico en los diversos departamentos de la Escuela con la práctica y experimentación. Se insiste mucho en esto de la aplicación de los conocimientos. La tendencia experimental a buscar resultados tiene que animar la vida intelectual y administrativa de la Escuela.

Hay que preparar maestros con hábitos de trabajo manual e ideales de servicio social El maestro de escuela es el *leader* de la Democracia.

Animar a la Escuela de un espíritu profesional y de amor por la carrera del magisterio.

La Escuela necesita multiplicar sus actividades y trabajos, si quiere dirigir el movimiento educacional y social de Costa Rica. Necesita ponerse en contacto con el mayor número de las actividades del país y de la ciudad en que está ubicada. Por lo tanto, en la Escuela Normal deben existir departamentos de Extensión Escolar, de Práctica Rural, de Publicaciones y Correspondencia, Cursos de Verano, etc.

En la Escuela Normal ha de formarse el personal de las escuelas secundarias del país. Podrían formar este personal los alumnos mejores de la Escuela que hubieran continuado sus estudios en el extranjero.

Hay que socializar la vida escolar, ofrecer a los alumnos la oportunidad de practicar la vida social: (reuniones, veladas, etc.)

Hay que crear hábitos de estudio y de investigación (consulta de diversos libros).

Averiguar y remediar las condiciones físicas de los alumnos. Cultivar buenos hábitos físicos. Inspirar ideales para vivir una vida más sana e higiénica. Formar generaciones de jóvenes y señoritas que puedan vivir una vida individual y social limpia, sana y feliz. Proveer de dormitorios decentes e higiénicos a los alumnos y alumnas, y rodear a la comunidad de estudiantes de una atmósfera social y de limpieza moral y material.

Crear hábitos de asistencia, puntualidad, orden y aseo. (El aseo de las aulas por los alumnos comenzó entonces. Los alumnos también llevaron los libros de clases en ese año de 1915).

[1] Informe Anual; como Director que fué de la Escuela Normal de Costa Rica en 1917.

A manera de Prólogo

El licenciado don León Fernández enriqueció la historia de Centro América con la publicación de varios volúmenes de documentos, en especial, respecto de Costa Rica; pero como la vida de estos cinco países estuvo tan íntimamente ligada en el pasado, muchos de esos documentos nos sirvieron para aclarar dudas en cuanto a El Salvador se refiere.

El licenciado Fernández es quizá el historiador centroamericano más laborioso que visitó el Archivo de Sevilla y personalmente recogió y seleccionó esos documentos; de ahí la trascendencia e importancia de su estudio.

Ahora, es don Ricardo Fernández Guardia—historiador tan erudito y ameno como su padre—quien nos hace el valioso donativo de esta publicación, llamada a dar a conocer documentos que han permanecido inéditos y que arrojan mucha luz sobre los primeros movimientos de libertad de las Provincias del Reino de Guatemala.

Su ilustre ascendiente adquirió esos documentos en el Archivo de Simancas; y el hijo esclarecido, siguiendo las huellas de su progenitor, enriquece con nuevas fuentes de investigación la diminuta historia centroamericana.

Merced a un noble rasgo del doctor don José Maximiliano Olano, Sub-Secretario de Instrucción Pública, esta obra se imprime en los Talleres Tipográficos del Ministerio; realizándose así el anhelo de la ***Academia Salvadoreña de la Historia,*** de ahondar en nuestro pasado, como un medio eficaz de estudiar el presente.

Contra la indiferencia y a veces hostilidad del medio para este género de estudios, siempre nos refugiaremos en la inconcusa verdad proclamada por el argentino Estrada: «Si conociésemos a fondo todos los fenómenos de la sociedad colonial, habríamos resuelto las tres cuartas partes de los problemas que nos agobian».

La lectura de los documentos que van a continuación nos confirman convicciones históricas, que es menester defender cada vez que la ocasión se presente.

Trescientos años de coloniaje no lograron adormecer el alma indiana. Vientos de fronda llegaban de lejanas tierras. La vecindad de México y los esfuerzos de Chiapas, alumbraron el camino. Y la obra constante, patriótica y abnegada de los próceres, puso fuego en las almas.

En esa cruzada de redención, a la Provincia de San Salvador toca el primer puesto.

«Cabe a San Salvador—dice el genial historiador guatemalteco, licenciado Manuel Valladares, cuya muerte no nos cansaremos de lamentar—la prez envidiable del primer arranque impetuoso de libertad. Fué su suelo el palenque inmortal en que por vez primera se desenvainó la espada por nuestra emancipación, y los héroes tutelares de la Independencia son todos hijos suyos. Qué mayor y más brillante blasón que haber concebido en sus entrañas próvidas la libertad de Centro América».

Multitud de testimonios irrecusables confirman el movimiento autonómico que estalló en San Salvador el 5 de noviembre de 1811, del cual fueron paladines los Próceres, presbíteros doctor José Matías Delgado, Manuel y Nicolás Aguilar, general Manuel José Arce y otros más.

Que ese movimiento perseguía la emancipación de Centro América, no cabe dudarlo, después que el propio general Vicente Filísola en su exposición dirigida al Intendente General da detalles enaltecedores para el patriotismo salvadoreño.

Aquel brindis suyo, del año de 1822, cuando asoció el nombre de San Salvador al de Bolívar y al de México, porque no quería «omitir a quienes habían contribuido a la libertad de América», es un laurel que jamás podrán marchitar el tiempo, el egoísmo de los hombres ni las visicitudes de la historia.

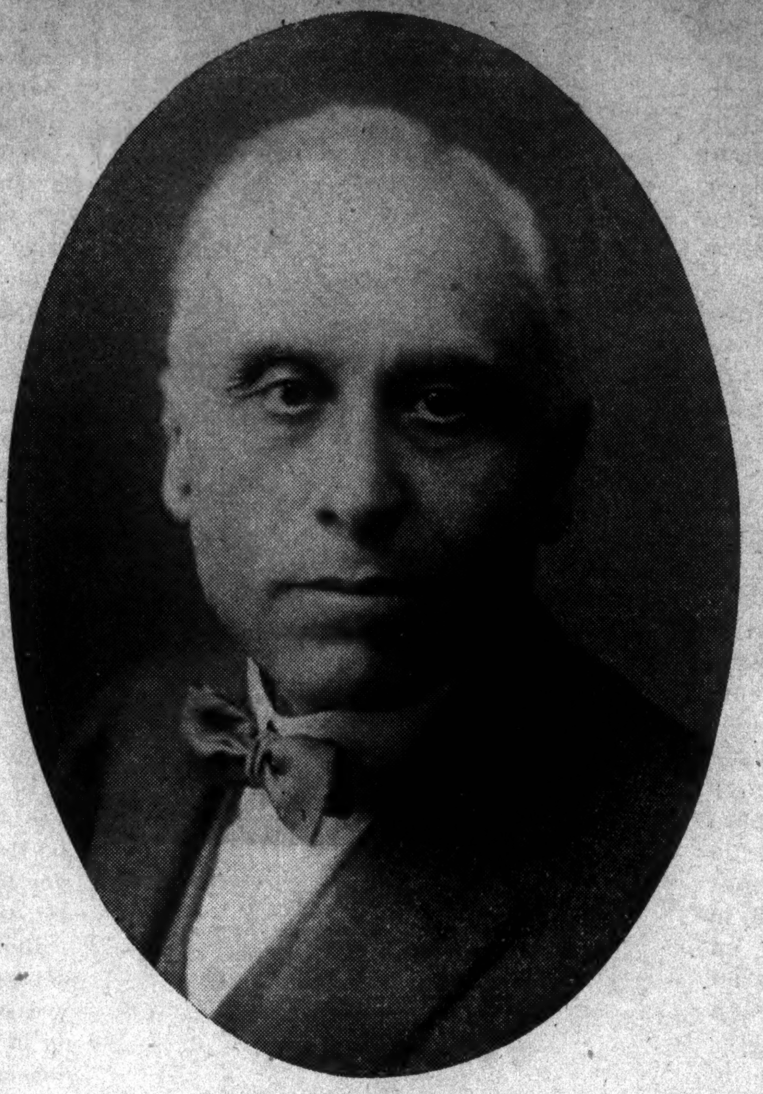
Nuevos testimonios proyectan luz en ese hermoso cuadro. El Capitán General don José de Bustamante y el Obispo García de Nicaragua se refieren a los movimientos de San Salvador como previos a los que estallaron en Nicaragua en diciembre del propio año 1811.

La crítica histórica puede sospechar la existencia de un plan general de rebelión a la dominación española.

El 5 de noviembre, San Salvador y otras poblaciones de esta Provincia son las que lanzan el primer grito. El 10 de diciembre otro conato se hace sentir en Nicaragua, y después en otros lugares del Reino; y así podrían explicarse los nuevos contingentes de gente armada que Bustamante moviliza al través de todas las Provincias del Reino.

¿No cabe deducir la existencia de una conspiración simultánea, difícil de realizar por lo incierto y tardío de las comunicaciones?

La autoridad del Capitán General y del Intendente, unida a la influencia de sus allegados, era tan amplia en los tiempos coloniales, que los conspiradores veíanse obligados a desplegar una actividad y prudencia extremas.



Ricardo Fernández Guardia

¿Es acaso un despertar?

Durante breves momentos de reposo, ahora mismo, acabo de enterarme de que un grupo de personas ha intentado preparar un homenaje de afectuosa admiración a don Ricardo Fernández Guardia. *Estos momentos de reposo se han vestido de flor, como los jazmineros de esa tierra. Aun a esta distancia sentí el ático soplo de la Grecia de Carmides y de Lysis, en quienes la gracia de rosas de su juventud se aliaba a la serenidad láurea de las frentes pensativas. De Hybla me ha venido al corazón la rubia dulzura de este instante.*

¿Es un despertar acaso? Quizás! Quizás si se comienza a ver con alguna mejor claridad el dudoso porvenir que a ese país espera si se le deja ir a las manos de la ambición rampante que asecha. Pues qué! No se preguntan las gentes qué hizo aquel, y aquel otro, y el de más allá para intentar vestirse la toga del primer magistrado de la república? Para qué el discernimiento entonces? Es que han de triunfar siempre los avarientos intereses sobre la inspirada luz de la conciencia?

Es, quizás, un despertar! Quiéralo así el cielo. Porque este homenaje de admiración a un hombre por la obra que en su vida va realizando puede ser el relámpago que alumbre la oscuridad del horizonte hacia donde ese pueblo parece encaminarse

Volver los ojos, en actitud de homenaje, hacia Fernández Guardia es una revelación de fuerza intelectual. Que fuese dado a toda la juventud costarricense darse cuenta de esa fuerza, ahora, para que dentro de un año se organizase para emprender una campaña política de principios que contrastase con las que ya ha visto el país fermentarse y malograrse.

Como historiador Fernández Guardia es de los que narran por el encanto de la vida, por el amor de comprensión, y como llevado por su visión de artista se ha salvado de las muchas escuelas históricas de los que no saben contar la historia. Fiado en sus sentimientos de artista ha dado a los hechos el valor relativo que ellos tienen en la vida. El sabe que por encima de la verdad de los hechos está la de la interpretación del conjunto harmónico. Fernández Guardia adivinó mediante su práctica y su intuición de artista, que la diferencia entre la buena novela y la durable historia se halla en que la historia requiere mayor genio creador y más penetrante comprensión del hombre y de la vida. Así trabajaron los clásicos de todas las épocas la historia. Los demás naufragan en la Estigia o en el Leteo.

Cuando en las olímpicas asambleas leía Herodoto fragmentos de sus historias, admiraban sus contemporáneos aquella vida de la narración y aquella armonía de los períodos de ritmo homérico. Su admiración era de inteligencia; su arrebato, de amor de belleza.

(Pasa a la página 190)

Cuántos afanes prolijos desvanecidos por obra de una delación!

Sus procedimientos mismos, al poner en ejecución el plan revolucionario, muestran bien a las claras el peligro que los rodeaba y lo endeble y raquítico del árbol de la libertad que intentaban sembrar.

Los rebeldes de Nicaragua, al igual de los de San Salvador antes, juran fidelidad al destronado Fernando VII; circunstancia que ha hecho dudar a algunos escritores sobre el alcance y tendencias de los sublevados; pero la repetición de ese suceso pone de manifiesto el ardid empleado por los conjurados para no exasperar los ánimos de los adictos a la monarquía y poder ganar terreno en la conciencia popular.

Fray Nicolás García, abanderado de la causa monárquica en Nicaragua, confiesa paladinamente que «desde el principio se pensó en una absoluta independencia y en formar una especie de República».

Es significativo que en el informe del Capitán General al Secretario de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia, de 10 de septiembre de 1811, se refiera a la «venenosa calidad del cuaderno que se manda recoger» y a la «insubordinada contestación» del Ayuntamiento de Guatemala, corporación que retuvo el temido cuaderno y se preparaba para reclamar por medio del Síndico».

Y mayor trascendencia moral entrañan las confesiones que hace en el propio informe el Capitán General, cuando después de hacer constar que los capitulares intentaron eludir el reconocimiento y sumisión al Consejo Supremo de Regencia, afirma que «los espíritus inquietos creyeron entonces llegado el caso de una emancipación paliada. Han visto sus mismos conceptos seguidos y hasta cierto punto ejecutados en Cartagena de Indias, y esto les ha saboreado e infundido nuevo aliento para pretensiones y miras que son uniformes en toda nuestra América, aunque en unas partes se expliquen de distinto modo y en otras estén temporalmente sofocadas, según el tino y prudencia de los jefes».

Esos síntomas, ese espíritu de rebeldía que también pudo apreciar el sagaz Capitán General, eran los anuncios de la tempestad que se acumulaba, y que haría sentir sus primeras descargas el 5 de noviembre, es decir, dos meses después de escrito el informe.

¿No nos cuenta la tradición que el prócer Manuel José Arce proclamó la Independencia, el propio 5 de noviembre, en la esquina del antiguo Palacio Municipal de San Salvador?

De clara visión y de superior inteligencia era el Capitán General Bustamante. Al comentar oficialmente los sucesos acaecidos, primero en San Salvador, y después de Nicaragua, los atribuye a estas posibles causas, quizá concomitantes: «antigua disposición, semillas echadas y deseos uniformes, *cuando no fuese un plan combinado*, como piensan muchos».

Fray García daba oportunos consejos al Capitan General: atender a los problemas económicos y comerciales de las Provincias, y abrir sus puertos. Tal vez se habrían demorado los fenómenos de rebelión con una sabia política económica; pero España sufría tremenda conmoción interna y las conquistas realizadas en las Cortes de Cádiz perdieron toda eficacia.

En cambio, el licenciado don José Cecilio del Valle, al servicio «del Rey, nuestro Señor», niégase hábilmente a expresar las causas de aquellos movimientos y pide su traslado a España «para servir en países más análogos a mi carácter y menos expuestos a compromisos».

Un esfuerzo unido de los países centroamericanos—que ya otrora propusiera don Ricardo Fernández Guardia—daría admirables resultados en pro del anhelo de estudiar nuestro pasado, analizar la vida en común de estos países, y buscar en España y en América, en los archivos de allá y de aquí, todo el material que necesitamos para levantar la crítica histórica.

Mientras tanto, la obra del señor Fernández inicia un esfuerzo recomendable y aporta mucha luz sobre la génesis de los movimientos iniciales de Independencia.

Manuel Castro Ramírez
Presidente de la *Academia Salvadoreña de la Historia.*

San Salvador, República de El Salvador. Febrero de 1929.

NOTA.—La Imprenta del Ministerio de Instrucción Pública de El Salvador ha editado una reciente publicación histórica del licenciado don León Fernández, recogida por el historiador don Ricardo Fernández Guardia, intitulada *Documentos relativos a los movimientos insurreccionales del Reino de Guatemala*. El presente artículo es el prólogo de la obra.

Las memorias de los otros...

(Viene de la página 187)

artículo. La subscripción a varias revistas alemanas vale como la compra de libros. Y no se incurre en ese gasto para escribir luego artículos por los cuales no se cobran honorarios de ninguna clase».

Terminó la discusión sin llegar a un entendimiento, pero en el ánimo de los interlocutores persistió como plausible la teoría de que se trataba de una superchería. Ese concepto subió de los clubs a la mente de los profesores que escriben en sus ratos de ocio historias de la literatura colombiana.

Se podría terminar esta disertación observando, con relación a Silva que es frecuente la tragedia resultante de un desacuerdo, a veces de una agria hostilidad, entre los grandes talentos originales y su medio. Byron, Shelley, Espronceda, Leopardi, Turgèniev, Francis Thompson, sirven de ejemplo, entre otros muchos, de esta desigualdad chocante. Es fatal y acaso necesario que los talentos de extraordinaria envergadura y el genio mismo vivan en pugna con su medio. La superioridad crea el desequilibrio y la ruptura de ese equilibrio hace posible la transformación de las costumbres mentales resultante de la intervención del genio político, literario o filosófico. Pero deseo agregar una reminiscencia más y una comparación. Relataba Silva, con la sonrisa en los labios, que un caballero amigo suyo, muy difundido en los salones bogotanos de la época, le pedía a un literato una lista de nombres de autores extranjeros recientes. «La necesito, explicaba el solicitante, porque anoche estuvo de visita José Asunción en casa de las Rochefoucauld y mencionó, el nombre de tántos autores franceses, rusos, italianos e ingleses que dejó perplejas y encantadas a las damas inteligentes de la reunión». Treinta años más tarde un amigo de Silva recibía esta consulta en Buenos Aires: «Mi querido S., le decía un conocido, enséñeme usted qué novelas y libros serios de autores franceses se leen ahora con más provecho. Vivo en el campo, leo mucho; pero anoche me deslumbraron unas señoritas haciendo comentarios sobre libros de reciente publicación en Francia. Corté una figura ridícula. Ud. me dirá lo que debo leer para ponerme en fila». En Bogotá en 1896 se pedía una lista de nombres para «deslumbrar con ella». No se decía «deslumbrar» sino «descrestar». En Buenos Aires, un individuo colocado en las mismas circunstancias en 1925 pedía títulos de obras para leerlas y «ponerse al corriente». Las dos expresiones señalan la distancia entre dos civilizaciones. En 1896 una gran parte de la juventud capitalina vivía siempre en guardia para que no la «descrestasen», actitud indicativa de flaqueza mental. El hombre fuerte en espíritu y en carácter no teme que le descresten: sus facultades le protegen naturalmente y a cada instante. Tan sólo el pusilánime vive en estado de perpetua inquietud ante las manifestaciones de la inteligencia ajena. Con honradas y humildes excepciones el ambiente espiritual en que se movía Silva estaba formado por gentes enfermas de esta clase de pusilanimidad.

B. Sanín Cano

(Lecturas Dominicales. Bogotá).

El primer libro de José Valdés

Poesía Pura, tal es el título del primer libro de José Valdés. Con emoción lo hemos leído. Sabíamos de su pronto aparecimiento. Y porque ansiábamos conocer la obra del poeta en la unidad emocional, un esperar impaciente nos desasosegaba.

Sueltos en periódicos y revistas habían sido publicados sus versos. Pero manos cordiales los recogieron y fueron gozados por espíritus de callada dilección. Ahora estos amigos, Manuel Farfán C. y Nicolás Cabezas Duarte, conocedores de la alta belleza de la obra de Valdés, le han dado publicidad. Los corazones lacerados por las inquietudes y las quemaduras del arte, les agradecerán esta manifestación de actitud interpretativa.

Este poeta por temperamento y por el doloroso macerar de formas, ha conquistado la sencillez en la estructura de sus versos. Este atributo significa búsqueda pertinaz de lo inasible, huidor. Como su vida, así es su poesía: clara, melificadora. En el fondo de ella está un latido filosófico sedimentado de tanto inquirir en las cosas, de tanto adivinar intuitivo. Porque José Valdés sabe que la belleza se transmuta y se logra plasmar cuando hay un soplo de misterio creador. El mismo placer ha dejado en los bordes de su alma la sensación acerba. Si una sombra pesimista se refugia en el espíritu, no es para quebrantarlo. Denso le torna el sentimiento y le amplifica la visión de la naturaleza y del mundo.

En los versos titulados *Emoción viviente* está definida la personalidad del poeta. Son muy de él. Fugada la edad de los apremios de la carne inclemente, del hambre romántica de gloria, solo ante el paisaje, los seres ingenuos, los arcanos, dice la canción como su privilegio le manda. A esta cima llegan los de preclara estirpe. Cima de comprensión y de augusto gozar interior. En Valdés no es *pose* esa actitud mística y filosófica frente a la humanidad y a las grandes verdades. El dolor de ver hondo en él se ha consustancializado.

A veces nos parece hallar en los versos de Valdés las huellas de poetas idos; pero es tanta la potencialidad emotiva, que nos quedamos a solas con su poesía en los recogimientos de la estética pura.

Las últimas tendencias no han soplado en su arte. Su personalidad de poeta tiene ya inquebrantables lineamientos propios. En José Valdés habría quizá una desintegración si quisiera seguirla. En los versos *Emoción viviente* hay un fuerte sentir suyo. Ha de estudiar esas tendencias, que todavía no forman escuela por estar embrionarias, como opina Ortega y Gasset, y que no obstante deben apreciarse por ser el germen de movimientos insospechados en arte. Responden a una hora de renovaciones y de creaciones.

Tiene otro aspecto Valdés: el de periodista. Su prosa de ideas y de visión es de aquellas que sacuden conciencias para orientarlas. Está publicando en el diario *El Pueblo* de Santa Ana, una serie de editoriales reveladores de una mente advertida, informada, bien puesta.

Lo conocimos en una campaña eleccionaria. Dirigía un periódico. Sus artículos eran leídos y tomados en cuenta por su ideario definido en los planos de la política y de la sociología. Empezó a nacer nuestra admiración por José Valdés. Ahora está en plenitud este sentir admirativo.

Las lecturas no adulteran ni congestionan su personalidad de hombre de letras. Trata los asuntos con el amor, la fe y el convencimiento del que alienta la verdad.

Poesía Pura enfervorizará los espíritus que en sus vidas abren huecos de ensueño y de promesa.

Salvador Cañas

San Salvador, febrero de 1929

Poesías de José Valdés

Un civilizado y la hermana agua

A sentir en las manos tu frescura persuades...
Tu desnudez no turba la mente ni suscita
el ardor del deseo que en las venas dormita,
del palpar fieramente, vírgenes suavidades.

En las siestas que vuelven el reposo liviano,
es inmensa la dicha, aunque sencillo el caso
de ver como sonríes en el fondo del vaso,
presta a apagar la sed de este tu pobre hermano.

Si ríe tu inocencia de alegría me inundo;
si caes de los cielos, me llenas de confianza:
pienso en la troj henchida, en la rica labranza,
en el pan abundante y en el surco fecundo.

Pues tienen tus cristales ese renunciamiento
de las cosas cuidadas por la mano divina,
que brindan un recato de amor al que camina
ansioso de un albergue para su pensamiento.

Hubo un tiempo que amaba las transparencias raras:
la hierba de los montes, las flores del cercado,
la leche de las vacas, el vigor del sembrado
y la agreste delicia de las mañanas claras.

Hubo un tiempo en que amaba con candor tan votivo,
de la tierra fragante las recientes maravillas,
que extasiaban mis ojos hasta las lucecillas
que vagan por la noche sonriendo sin motivo.

Entonces, hermana agua, tu fuiste mi Pegaso,
de mi inquietud primera el singular juguete;
cabalgaba en tus olas como el mejor jinete,
confiado en mi alegría, seguro de mi brazo.

Mi sobriedad de niño de lo complejo ignara,
de la mala tristeza que deja lo mútable,
no sentía otro gozo más puro y saludable
que seguir mariposas y beber agua clara.

Por eso, hermana agua, por el bien que me hiciste
cuando niño, comprendo tus naturales gracias,
hoy que, tras el deleite de carnales audacias
de todo satisfecho, ya soy un hombre triste.

Emoción viviente

Yo soy una emoción a toda hora,
una viva inquietud, una armoniosa
emoción que se ignora.

Murió en mi carne el pobre *yo* egoísta,
con todo afán de gloria y de riqueza.
Puedo decirlo: soy una conquista
de la naturaleza.

Ante el mundo me abrigan tres virtudes:
hondo consuelo para las tristezas,
ágil ensueño para las excelsitudes,
perdón y olvido para las flaquezas.

Ante mis ojos ábrense dos rutas
atormentadas por fugaces tiznes:
el Amor, con sus ansias absolutas,
la Verdad, con el cuello de sus cisnes.

Y seré lo que soy, siempre y ahora,
sobre el dolor del angustiado viaje:
una emoción viviente que se ignora,
un cantar armonioso ante el paisaje.

Bajo un vuelo de gaviotas

Hora contemplativa de quietud y bonanza
en los senderos grises. Tras la penumbra austera
está el silencio inerte, sangrando lontananza.
dos ojos solitarios y un corazón que espera...

Lejos canta la hora en los mares undosos;
—conquista los orgullos con el vigor del remo!
Yo soy la hembra indócil de flancos presurosos.
la sonrisa y el llanto del destino supremo!—

Flota desamparado en el espacio mudo,
sobre las soledades y sobre las derrotas,
hambrientas de misterio del corazón desnudo
el blanco sollozante de un vuelo de gaviotas.

Y las almas cautivas, hondas en el suspiro,
en las playas inermes claman sus desalientos:
Acaso mejor fuera dejar este retiro,
y ser como los pájaros, las nubes y los vientos.

¿Es acaso un despertar?...

(Viene de la página 188)

¿Hay una semejante comprensión en los conciudadanos de Fernández Guardia? Si esto es así tal homenaje es un ateneico despertar. Y en la procesión del homenaje más se honran los que marchan que los que ya ciñen a sus sienes el laurel que no se mustia.

R. Brenes Mesén — *25 de febrero de 1929*

Rotarismo, infantilismo

(De *La Tribuna*. San José, Costa Rica)

Los Apóstoles del Rotarismo no han pasado por alto mi artículo *Rotarismo, filisteísmo*, en el cual, con un poco de buen humor, tuve el atrevimiento de hacer algunas observaciones sobre el espíritu rotario, cuya propagación en este país me parece fatal para la vida de la inteligencia. También hice referencia al triste concepto que las gentes de más relieve intelectual de otros países tienen del Rotarismo, y de su cacareada labor humanitaria.

Los Apóstoles han creído que *Aristarco* es un despechado, un malhumorado, un hepático que habla por el hígado. A este respecto debo decir, en primer lugar, que yo no hablo por el hígado ni siquiera por el estómago, pues no soy ventrílocuo. Si algo soy, soy linfático. Pero dejemos la fisiología y el metabolismo a un lado. Mi humor puede ser malo, pero no es mal humor. En cuanto a ser despechado, la única interpretación que se le pudiera dar al vocablo es la de que hubiera yo solicitado admisión al Club Rotario y se me hubiera rechazado. Debo aclarar que es falso de toda falsedad que se me haya rechazado, por varias razones, siendo la principal de ellas la de que no he hecho solicitud alguna, ni espero hacerla, por lo menos dentro de los próximos setenta y cinco años.

Contestan los Apóstoles que no es requisito, *sine qua non* para ser catecúmeno del Rotarismo, saber inglés, y en su última encíclica al referirse al Rotario emplean el término sacramental —*Rotary*— tomado del inglés. Lo que prueba que como la iglesia Romana el latín, los Rotarios han escogido como lengua litúrgica el inglés. Además, ¿cómo podría interpretar la Rotaria Escritura el que no sabe inglés, cuando los Rotarios, aunque castellanicen sus vocablos, les dan la aceptación inglesa, o mejor dicho, norteamericana? Efectivamente, en el versículo tercero, Capítulo de los Postulados, leemos, «3.—Aplicación del ideal de *servicio* por cada Rotario, a su vida pública y privada». (Hasta aquí las palabras del Rotario Evangelio). Ideal de Servicio no significa nada en castellano, y sólo se comprende si acudimos a la lengua sabia, el inglés, donde la palabra *Service* tiene el sentido lato que le dan los Pontífices rotarios.

«Rotary jamás se ha equivocado al escoger la ciudad apropiada para desarrollar sus postulados». De este modo se sienta el dogma de la infalibilidad. Tiene un ojo tan certero, como Pablo de Tarso, para escoger las ciudades paganas en donde debe predicar su Evangelio, y cualquier día de éstos leeremos Epístolas dirigidas a los cartagineses, a los heredianos, a los ramonenses y a los puntareneños, como antes se dirigían a los romanos, a los corintios, a los colosenses y a los tesalonicenses. Rotary se inspira en las doctrinas del Salvador del Mundo, por más que el Salvador arrojó un día del templo a los rotarios de entonces. Pero es que esas doctrinas pueden interpretarse como se quiera, de acuerdo con las circunstancias. Bruce Barton, espíritu rotario si los hay, ha escrito un libro para demostrar que Jesucristo ha sido el mejor agente de prensa (excúsese el anacronismo) que han conocido jamás las generaciones pasadas y esperan ver las venideras, con tánta preparación en la ciencia publicitaria como si hubiera tomado un curso por correspondencia en alguna escuela de Chicago.

Rotary tiene la obsesión del número. «Rotary responde siempre con cifras y con hechos», dice la encíclica rotaria. Le trastorna la legión, las enormes huestes de hombres sintonizados. «En la actualidad son cuarenta y seis las naciones en que Rotary deja sentir sus saludables efectos, tres mil cien sus ramificaciones y ciento cuarenta mil quinientos sus afiliados».

¡Habráse visto unanimidad más perfecta! La sociología de los rotarios es sociología fórmica, es decir, de las hormigas, insectos precursores del Rotarismo.

Los rotarios son hernanos gemelos de tantas otras sociedades yanquis, que persiguen la unanimidad y el ordenacismo, matador de la libre voluntad humana. Existen en los Estados Unidos los Caballeros de Aladino, que portan alfanje al cinto y que hacen desfiles mirifónicos por las calles de todas sus rotorias ciudades; los Elks, etc., etc., que no tardarán en aparecer por nuestra Tiquicia.

El delito mayor del Rotarismo—el que nos hace oponer nuestra voz contra sus avances—está, como ya hemos dicho, en su filisteísmo, y además, en su patético infantilismo. Ahora han establecido la Semana del Niño (el Niño Desconocido), para azucarar la píldora; luego implantarán el Día de la Madre (que en los Estados Unidos fué instituído por los fabricantes de confites y chocolates), como si pudiera haber un día especial para las madres; después erigirán un monumento al Atropellado Desconocido, que se conmemorará cada año en la Semana de Seguridad. Y así por el estilo.

Los rotarios son profundamente solemnes, y sólo se ríen por método; su sonrisa es forzada, la sonrisa del que agradece un brindis. Sus más grandes admiradores son los *nuevos ricos* de todos los países y los latinoamericanos yanquizados, a quienes los rotarios halagan con mentida y rotaria fraternidad. ¿Habrá algún rotario latinoamericano que, como tal, haya protestado ante sus conrotarios de allende el Río Grande, por los atropellos que se hacen en las tierras que baña el Caribe? Tienen la palabra los *spokesmen* del Rotarismo.

Aristarco.

Tablero
1929

Dijo Lincoln: «Se puede engañar a un hombre para siempre; se puede engañar a muchos hombres durante algún tiempo; no es posible engañar a todo el mundo y para siempre». La sentencia es verdadera y de aplicación saludable, especialmente en política.—*Cita de B. Sanín Cano.*

Lo que pensaban nuestros mayores.

Tenemos una fe profunda en la marcha progresiva del Estado, fundados en que siendo sus habitantes tan inteligentes y laboriosos como los que más que ocuparon la zona tórrida que es la región del café, pueden y deben competir en este cultivo, con cualesquiera otros productores. Pueden porque la naturaleza los llama a él, y deben hacerlo mientras no hayan abrazado otras industrias tanto o más ventajosas. No obstante sería de desear que sin perder tiempo se fuesen fomentando otros ramos de agricultura que puedan sostener al país; porque siempre es expuesto depender de uno solo; mientras que prosiguiendo varios las alternativas de precio se compensan: cuando uno está decadente, otro florece y así nunca padece el Estado una crisis peligrosa. Son infinitas las materias a que pudiera aplicarse la industria; pero hagamos ver por ahora, sino las más conocidas o notables como el cacao, el arroz, la cera, el hule y el tabaco.

(Tomado de *La Paz y El Progreso*. San José de Costa Rica. N.º 3, del 14 de diciembre de **1847**).

En la edición del 27 de enero pasado de *L' Amerique Latine* (París), nos hallamos este suelto:

Omar Dengo

Uno de los últimos números del *Repertorio Americano* está consagrado a la memoria del preclaro escritor costarricense Omar Dengo, personalidad de obra y de vida austeras, llenas de enseñanza y de sanos principios. Rinden culto a su digno compatriota: el director del periódico, J. García Monge, Víctor Guardia Quirós, Haya de la Torre, Jorge Cardona, Carlos Jinesta, José María Zeledón, J. J. Salas Pérez, Hildebrando Siles Granados, Rogelio Sotela y Luis R. Flores.

Omar Dengo murió en la brecha, fiel a su ideal. Los costarricenses le han tributado merecidos honores ante su tumba prematuramente abierta.

El Conde Maurice de Perigny ha traducido al francés uno de los cuadros de nuestro *Magón*: *La Vela*. (Véase *La Propia*, edición de 1921). Lo publica la *Revue de L'Amerique Latine* en su edición de febrero de 1929.

Hemos recibido los tres últimos números de *Universidad*, el excelente semanario de ideas e ideales de Bogotá. Véanse los sumarios, abreviados:

Del n.º 118:

El indio Uribe, el radicalismo y los retrógrados.—Silvio Villegas: *La poesía de Alzate Noreña.*—Alzate Noreña: *La palmera*—E. Esguerra Serrano: *La muerte de León Duguit.*—León Duguit: *Las obligaciones de los gobernantes.*— Enrique Millán: *El conflicto ruso japonés.*

Del n.º 119:

León Duguit: *La responsabilidad de los gobernantes.*—A. Mestre Fuenmayor: *Los nuevos de Venezuela.*—Francisco Botero: *La última canción de Farina.*—Germán Pardo García: *Himno Sagrado.*

Del n.º 120:

Historia documentada de la primera semana del estudiante en Caracas.—Silvio Villegas: *Elogio de Eduardo Castillo.* — G. Castañeda Aragón: *Un puerto holandés en las Antillas.*—Enrique Millán: *El destierro de León Trozky.*—Jules Supervielle: *El suicidio de Filemón Bigná.*

A ₡ 0.50 el ejemplar, se vende *Universidad* en la Adm. del *Rep. Am.*

Para reflexionar.—A la consideración de los maestros, especialmente, presentamos los cuadros adjuntos que resumen el plan de estudios de nuestras escuelas primarias y el plan de estudios vigente para las escuelas primarias de Suecia, nación ejemplar.

Plan de Estudios: Escuelas de Costa Rica.

Edad de los alumnos	7 Años 1 Gdo	8 Años 2 Gdo.	9 Años 3 Gdo.	10 Años 4 Gdo.	11 Años 5 Gdo.	12 Años 6 Gdo.
Lengua Materna..........	11	11	12	12	12	12
Matemáticas..............	6	6	8	8	8	8
Geografía e Historia......	2	2	4	4	4	4
C. Naturales e Higiene...	3	3	4	4	4	4
Música..................	2	2	2	2	2	2
Dibujo..................	2	2	2	2	2	2
Trab. Manuales o Costura	2	2	2	2	2	2
Cocina..................	=	=	2	2	2	2
Educación Física.........	2	2	2	2	2	2
Religión................	2	2	2	2	2	2
Agric. y Est. de Indust...	2	2	2	2	2	2
Reunión Semanal........	1	1	1	1	1	1
Total de lec. Semanales..	35	35	39	39	39	39

Este plan de estudios, que se acaba de poner en vigencia en nuestras escuelas primarias, tiene un crecimiento de horas lectivas. El cuadro adjunto representa un resumen promediado que hemos hecho del plan de estudios de las escuelas de I, II y III orden, y de las que tienen horario alterno. Sólo indicamos la conveniencia de restar a cada total dos horas semanales por las lecciones que no se dan a varones y sí, a niñas.

Plan de Estudios: Escuelas de Suecia.

	Edad de los Alumnos	7 Años	8 Años	Varon. 6 Años	Niñas 6 Años	10 Años	11 Años	12 Años
Leng. Mat.	Estudio de la Biblia...	2	2	2	2	2	3	3
Leng. Mat.	Lectura y Recitación..	7	7	6	6	5	5	4
Leng. Mat.	Escritura, Filosofía....	4	5	5	5	5	5	5
	Cálculo y Geometría.....	3	4	4	4	5	5	5
	Lecciones de cosas,......	3	3	4	3	=	=	=
	Geografía...............	=	=	=	=	3	2	2
	Historia................	=	=	=	=	2	2	3
	Historia Natural.........	=	=	=	=	2	2	3
	Picado, Modelado etc.....	3	2	2	2	=	=	=
	Dibujo..................	=	=	=	=	1	2	1
	Canto	1	1	2	2	2	1	1
	Gimnástica, Juegos, Dep.	1	2	3	3	3	3	3
	Carpintería, Trab, Man...	=	=	2	4	4	4	4
	Lecciones por Semana...	24	26	30	31	34	34	34

Resumen comparativo de planes.

Edad de los Alumnos	7	8	9	10	11	12
(*) En Costa Rica, lecciones por semana..............	33	33	37	37	37	37
En Suecia, lecciones por semana......................	24	26	30	34	34	4

(*) Recuérdese que de cada total hemos restado dos.

INDICE

Legenda aut adquirenda



Algunos libros para niños:

Lope de Vega: *Las aventuras de Pánfilo.* Cuento de espantos. Un Vol., pasta.	₡ 2-50
Goethe: *El nuevo París.* Un Vol., pasta.	2-50
Ramón María Tenreiro: *Nuevas Florecillas de San Francisco.* Un Vol., pasta....	2-25
F. José de Larra: *La Farándula, niña.* Teatro Infantil......................	5-25
Assoilant: *Aventura del Capitán Corcorán.*	3-00
Héctor Malot: *Sin familia.* Dos tomos ..	3-00
E. Allan Poe: *Aventuras de Arturo Gordon Pym*..........	1-25
H. Malot: *Aventuras de Roman Kalbris*..	3-00
Stevenson: *Aventuras de David Balfour.*	3-00
Marryat: *Newton Forster o La Marina Mercante*..............................	3-00
Bailantyne: *Los mercaderes de pieles*.....	3-00
Marryat: *Propiedad del rey.* Dos Vols....	6-00
F. Cooper: *El último mohicano.* Dos Vols.	6-00
Dana: *Dos años al pie del mástil*........	3-00
Girard: *El matador de leones*.............	3-00
Mayne Reid: *El cazador de ciervos*.......	6-00

La comparación de estos cuadros nos lleva a las siguientes conclusiones:

1.ª En nuestro país el Estado, encargado de velar por la salud de sus alumnos, los recarga de trabajo, según lo están diciendo los planes de estudio de sus escuelas.

y 2.ª Suecia, país mucho más avanzado que el nuestro, tolerante e innovador en educación, de gran espíritu cívico, de gran espíritu práctico—digamos laborioso—mantiene en sus escuelas un menor número de horas lectivas, una mayor protección para sus niños y un mejor acondicionamiento para el trabajo.

Y preguntamos: ¿Por qué nuestros niños tienen que trabajar más en las escuelas primarias que los niños suecos? ¿Será que los nuestros—enfermos de parásitos intestinales y sobre todo, enfermos de ignorancia y de miseria, son más vigorosos que los niños suecos y tienen, por consiguiente, una mayor resistencia para el trabajo? ¿Será que la capacidad intelectual de nuestros niños es menor que la de los niños suecos y ello justifica que les impongamos un mayor esfuerzo?

Así es como entre nosotros pueden armonizarse actividades tan idealistas como una Semana del Niño que se gesta en el Club Rotario y actividades tan prácticas como la fabricación de un plan de estudios para las escuelas primarias o de un reglamento para deprimir y castigar a los estudiantes de un colegio.

L. E.

Una revista nos llega, la revista ***García Flamenco***, órgano del Colegio del mismo nombre, en San Salvador, El Salvador. Para los alumnos, los profesores, los padres de familia. Se han orientado bien estos jóvenes. Problemas de cultura salvadoreña, digamos, los inquietan. Adelante, muchachos!

Una palabra frívola

La *americanización* equivale a decir que nosotros no somos americanos; equivale a reservar ese calificativo geográfico como privilegio de los Estados Unidos; y equivale a pervertir y anular la doctrina Monroe, pues según el prurito americanizante, la fórmula «América para los americanos» no equivale a «América para todas estas repúblicas», sino a «América para los Estados Unidos». Ya ve usted como la novelería de una palabra fívola entraña grandes peligros.

Profesar una doctrina...

—Cómo lo oye, señor; el programa de la quimera.

—Pero eso es contradictorio, porque programa es cadena de principios, y quimera es caos o torbellino de utopías. Ninguno que profesa una doctrina y la siga puede ser quimerista: Proudhon y Veuillot, Murillo y García Moreno, los hombres de principios más opuestos, son, fueron y serán antiquimeristas por lo mismo que fueron hombres doctrinarios y convencidos.—*Citas de* ***Marco Fidel Suárez.***

(De *Sueños de Luciano Pulgar* Tomo I.)

Imprenta Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica